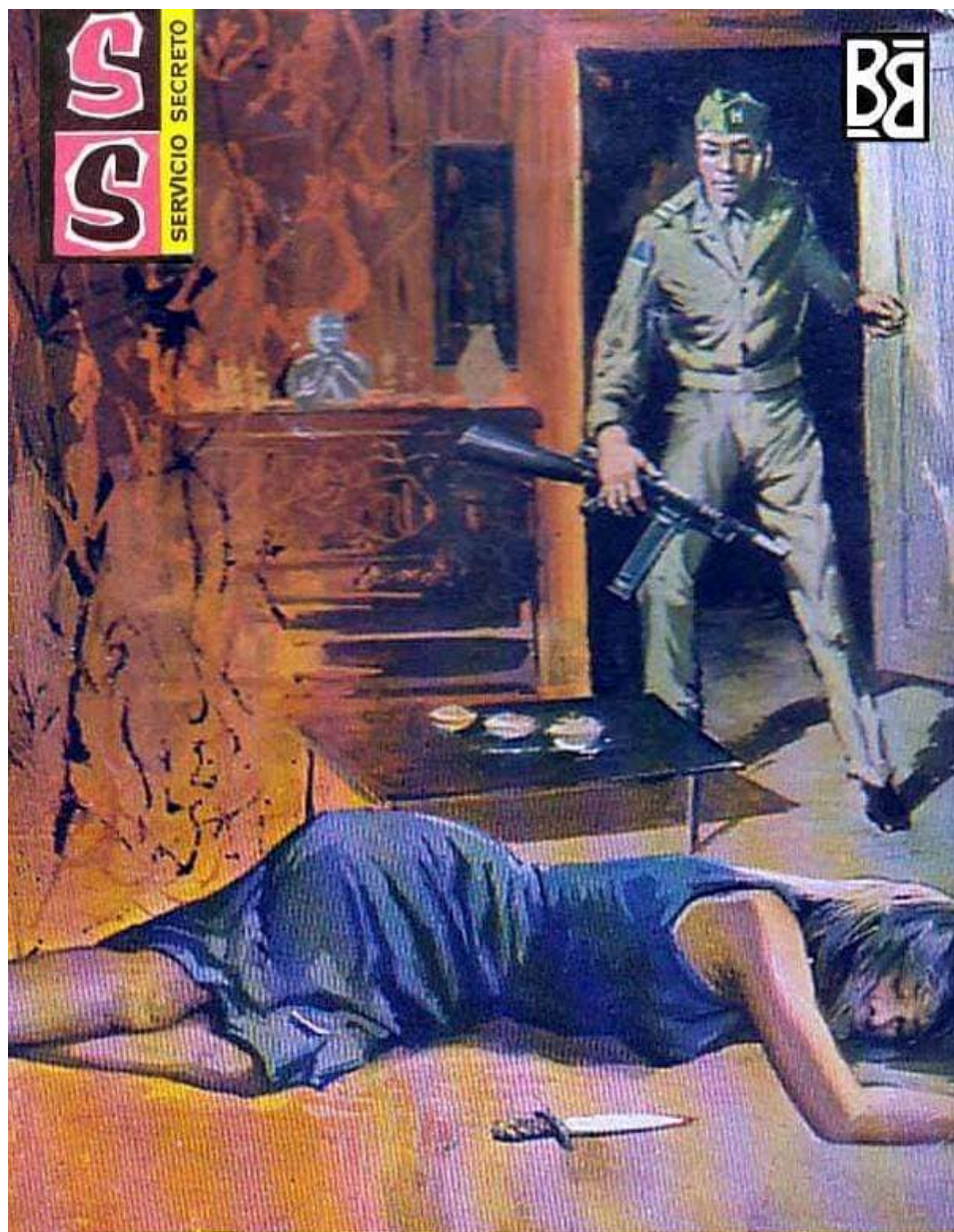




SERVICIO SECRETO

BB



UNA MUJER MUERTA

a. rolcest

Otro relámpago incendió de verde el interior del almacén. Leib Rodner tuvo el tiempo preciso para ver al culi tras unos fardos de hierba lalan.

Desenfundó rápidamente la pistola, cuando alguien se le acercó:

—¡Comandante! ¡Creo que nos siguen!

Era el sargento Loew. Y Leib ahogó una maldición. La aparición del subordinado hizo que perdiera unos segundos preciosos. Cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde.

No pudo hacer otra cosa que extender los brazos de manera que con ellos alcanzase al sargento y al soldado malgache que se acababa de situar a su derecha.

—¡A tierra!



A. Rolcest

Una mujer muerta

Bolsilibros - Servicio Secreto - 662

ePub r1.0

Editor 16.10.17

Título original: *Una mujer muerta*

A. Rolcest, 1963

ePub base r1.2



Una MUJER muerta

por A. ROLCEST



CAPÍTULO PRIMERO

Otro relámpago incendió de verde el interior del almacén. Leib Rodner tuvo el tiempo preciso para ver al culi tras unos fardos de hierba lalan.

Desenfundó rápidamente la pistola, cuando alguien se le acercó:

—¡Comandante! ¡Creo que nos siguen!

Era el sargento Loew. Y Leib ahogó una maldición. La aparición del subordinado hizo que perdiera unos segundos preciosos. Cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde.

No pudo hacer otra cosa que extender los brazos de manera que con ellos alcanzase al sargento y al soldado malgache que se acababa de situar a su derecha.

—¡A tierra!

Con tal violencia los empujó, que aunque hubiesen querido desobedecer las órdenes de su superior, no hubieran podido. Los tres cayeron en la charca.

El sargento fue quien sacó la peor parte, cayendo de bruces en el barrizal. Ni siquiera le quedó la posibilidad de dar desahogo a su cólera soltando unos cuantos tacos, pues la boca se le llenó de barro.

Un relámpago cegador, seguido de un horrísono estallido hizo que el almacén, su contenido de vasijas, canastas y fardos de hierba lalan se expandiesen con formidable furia.

Durante unos segundos la tierra tembló y la cortina de lluvia quedó cortada. Infinidad de extraños proyectiles arañaron los cuerpos de los tres soldados.

Pasó el aluvión y el primero en incorporarse fue Leib.

—¡Así no pudiera salir de esa charca, sargento! ¡Le ordené que, se quedara en el «jeep»!

Se levantó el soldado malgache. El último, el sargento Loew.

—¡Pero... es que... creo que nos siguen...!

Y se puso a escupir barro. Al tocarse la cara, se estremeció. Tenía la impresión de que estaba muerto y le sacaban una mascarilla.

Aparte del «jeep» utilizado por Leib, aparecieron otros dos vehículos. Pronto los faros quedaron encarados hacia lo que momentos antes era un almacén.

Saigón a aquellas horas ofrecía una estampa extraña, bajo la furia del temporal. A la luz de los relámpagos aparecían bloques de casas del más puro estilo occidental junto a la abigarrada silueta de alguna pagoda.

Alguien que se acababa de apeaar de uno de los coches, se acercó, diciendo, en tono mordaz:

—¿He de felicitarle, comandante?

—Pues, p pesar de todo..., creo que sí, señor —contestó Leib, con firmeza.

El coronel Watson tosió antes de manifestar, sin perder el tono irónico:

—¡Bien! ¡Pues le felicito por haber agregado más ruido al temporal!

—Señor: El depósito de armas existía...

—¿Sigue con sus trece? Esta fogata no dice gran cosa.

—Ah. ¿No? —Leib iba perdiendo la paciencia. Respetaba a su superior, estaba convencido de que el coronel Watson también lo estimaba, pero chocaban muy a menudo por la rigidez con que el superior entendía el cargo que desempeñaban ambos en aquella zona—. Paquetes de hierba y pucheros no arman el ruido que se ha producido aquí.

—Es indudable que había explosivos, pero en cualquier cabaña de los arrabales podría encontrarlos, Rodner... ¿Por qué se ha producido el estallido cuando usted iba a entrar?

—Porque el almacén no estaba solo.

—¿Usted lo sospechaba?

—Sí. Por eso no quise que me acompañara nadie... Pero han debido ver los faros de sus vehículos.

El coronel Watson ya temía que fuera eso lo que había provocado la voladura del depósito, y no se atrevió a rechazarlo.

—Lo siento. ¿Alguien ha escapado?

—No. El individuo que ha provocado el estallido no ha tenido tiempo.

—¡Qué lástima! Lo ideal hubiera sido coger a ese hombre vivo.

—No creo que nos hubiera servido de mucho —replicó Leib Rodner, súbitamente tranquilo—. Esos fanáticos nunca sueltan prenda.

Arribos lo sabían demasiado. En el ejército indígena había agentes del Vietnam del Norte. Era una red tan enmarañada como la misma selva.

—La pista que me ha llevado a este depósito ha quedado casi borrada, con esa explosión —manifestó Leib, sacudiéndose violentamente el capote—. Pero todavía me queda un camino...

—Que podremos hacer juntos —agregó el coronel.

—¿Por qué?

—Amigo Leib —dijo, en tono conciliador—. Usted está en período de descanso... Usted parece que se está olvidando de que le quedan muy pocas horas para hacerse cargo de la expedición...

—No lo olvido, señor —contestó fríamente Leib, sin apearse el tratamiento—. Pero es de sumo interés que antes de emprender la marcha, ciertos aspectos queden aclarados.

—¿Tienen relación con este depósito?

—Indudablemente.

Mientras hablaban se habían ido retirando hacia donde estaban los vehículos. Varios soldados procedían a remover escombros, bajo el azote de la gruesa lluvia.

—Cada vez estoy más convencido de que esto está relacionado con nuestra expedición...

—¿Qué? —preguntó el coronel, alarmado.

Leib prosiguió con fría impassibilidad:

—La operación «Rubí» ya no es un secreto. Del Estado Mayor ha saltado a oídos de los guerrilleros...

—¡Eso es imposible!

—Señor —ahora le tocaba a Leib emplear el tono mordaz—: Hace muy pocas horas, este depósito de armas también parecía una fantasía.

—¡Es que todavía no estamos seguros de que ahí existía un depósito de armas...! —Y se apresuró a rectificar—. Bueno:

Admitido que existían armas... Pero la cosa no reviste la importancia que usted le da. Yo no puedo consentir que usted se arriesgue en tonterías como esto. Estas investigaciones en la retaguardia, quedan para otro Departamento. Su misión, Leib, se encuentra lejos de aquí...

Leib Rodner se echó a reír.

—Al primer momento parece que mira por mi salud... Pero al momento me recuerda que estoy reservado para dirigirme al infierno... Bien, señor. Le haré caso. Aprovecharé las pocas horas que me quedan de libertad. El servicio de contraespionaje que se encargue de esto... A propósito: ¿Cómo ha sabido usted que yo venía aquí?

El coronel vaciló.

—Pues... Recibí informes...

—Ya. Esto me ahorra tiempo. No va a ser necesario que yo ahora me entretenga detallándole lo que se puede hacer. Los que le informaron sabrán mejor que yo qué pistas se pueden seguir...

Demostraba —prisa y el superior preguntó:

—¿Qué va a hacer?

—Me he escapado por un pelo de la explosión. Y voy a celebrarlo con una cena...

—¿Dónde...?

Leib se echó a reír.

—¿Dónde supone?

—Desde luego..., en un garito.

—Esta vez sé equivoca.

—Será una sorpresa para todos sus compañeros si lo ven con alguna mujer en un elegante «hall»...

—Tampoco he dicho que vaya a ir a un sitio demasiado elegante, ni demasiado occidental.

—¡Me lo imaginaba!

—Le diré dónde es, porque de todas formas tenía que averiguarlo: Voy al Club de Cha Ling. Un sitio respetable.

—Lo imagine —replicó el superior, con ironía.

Leib ya había puesto en marcha el motor del «jeep». Los dos habían permanecido sentados, preservándose de la lluvia. El coronel se apeó, diciendo:

—Me entran ganas de anularle el permiso, Leib... Presiento que

va a meterse en un mal paso.

Tuvo que apartarse porque el coche ya había empezado a deslizarse. Un golpe de agua y barro alcanzó las piernas del coronel.

—¡Nada tema, señor! —dijo alegremente Leib.

El «jeep» dio un rápido viraje, cruzó una vasta planicie que se había convertido en lago y enfiló la pista que conducía a la ciudad.

El coronel permaneció unos instantes observando cómo se alejaba el coche. La lluvia le obligó a reaccionar.

En rápidas zancadas se dirigió a donde estaba su coche. Ya estaba abriendo la portezuela, cuando el sargento Loew se acercó.

—¡Señor!

—¿Qué?

—Sin querer... he oído a dónde se dirige el comandante.

Parecía muy azorado, como si temiera una dura reprimenda.

—¡Bueno! ¿Qué pasa? —lo animó el superior—. ¿No le gusta el sitio?

—Como agradarme, señor..., pues no es mal lugar. Siempre que se disponga de dinero. Hay mujeres muy hermosas... Pero hay que ir con eso; con muchas piastras o con muchos dólares, cosa que el comandante no tiene.

—¿No es saber demasiado, sargento? —le reprendió, afectuoso, el coronel.

—Esta tarde se lamentaba el comandante de encontrarse fallo a blancas... como suele ocurrirnos en todos los finales de permiso. Claro que al comandante le sobra tipo y habilidad para divertirse sin necesidad de mucho dinero.

—Para decirme esa tontería... —empezó el superior, ya no tan cordial.

—Espere, señor... Lo que quiero decirle es que el comandante, cuando se halla en esos sitios, no sólo se divierte, sino que husmea cuanto hay a su alrededor. Y eso, en un club como el de Cha Ling, es un inconveniente.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he acompañado algunas veces.

El tono era tan vacilante que el coronel, quedó intrigado.

—¡Usted me oculta algo muy importante...!

—Sí, señor... Veo al comandante en un mal paso, y no sé qué hacer... Anoche me pidió que me apostase en una callejuela adonde

da una puerta trasera del Club de Cha Ling. Seguramente sabía lo que iba a ocurrir. Al rato de estar yo allí, salió un individuo... Un birmano, según supe más tarde. Después salió el comandante. Yo iba a seguirle y me mandó que me quedara rezagado... Pero cuando estaba diciéndome esto...

Se interrumpió. Estaban soportando la lluvia y el coronel por momentos se sentía más apremiante.

—¡Por todos los demonios, termine de una vez!...

—El comandante me estaba diciendo lo que debía hacer, cuando oímos un grito. El comandante echó a correr, perdiéndose en la oscuridad de la callejuela. Surgieron unos fogonazos... En resumidas cuentas: El birmano apareció apuñalado... Y los que dispararon al comandante lograron herirle, aunque de poca importancia. Pero los agresores creo que salieron peor. Vimos dos regueros de sangre, pero era una estupidez meterse en el laberinto de callejuelas donde se metieron. Así que, el comandante creyó prudente desaparecer de allí. Hasta el birmano se esfumó...

—¿Qué dice? ¿Que el birmano desapareció?

—Sí, señor.

—¿Y de qué medios se valieron para que desapareciera? — preguntó el coronel, a punto de estallar en cólera.

La lluvia contribuía a ponerlo más irritado. El sargento, por el contrario, soportaba aquella ducha coa gran satisfacción, presentando la cara al cortinaje de agua, para que le borrara la costra de barro.

—Lo echamos al Mekong.

El coronel se quedó esperando. Creía que era una broma. Pero el sargento, después de una breve pausa, remachó:

—Sí, al Mekong. El comandante dijo: «Si en la juerga rompes una botella, cuida de que los vidrios no fastidien a otro».

El coronel soltó un bramido.

—¡Sargento! Usted se da cuenta de lo que ha dicho...

—Sí, señor.

Después de unos momentos en que pareció forcejear entre prorrumpir en increpaciones, el coronel ordenó:

—¡Espéreme aquí...!

Se alejó hacia donde estaban los subordinados, revolviendo en los escombros. Un par de minutos más tarde regresó al «jeep».

—¡Suba ahí, sargento...! ¡Conduzca usted!

El superior obedeció. Ya agarrado al volante, preguntó:

—¿A dónde, señor?

—Como dispongo de piastras suficientes para que tomemos parte en la juerga del comandante..., vamos al club de ese condenado Cha Ling.

—Señor: He de advertirle que Cha Ling no es más que un título. Quien lleva el club es gente occidental...

—¡Me da lo mismo! ¡Adelante!

El «jeep» se metió en la planicie y levantó una cuchilla de barro y agua.

—Sargento...

—¿Qué, señor?

—Lo que me ha dicho es muy grave.

—Eso creo, señor.

—¡Y lo ha dicho!

—Sí, señor.

—Y yo no puedo pensar que usted quiere hacerle una faena a su comandante. Sé cuán identificados están.

—Sí, señor: El comandante y yo somos carne y uña... aunque a veces salen padrastrós.

—¡Usted me ha entretenido con esa historia del birmano para darle tiempo a su comandante a que se marche! ¡No existe tal hombre apuñalado!

—Existe, señor... Aunque ya no podrán verlo. En cuanto a que deseaba ganar tiempo... Pues verá, señor. Antes he cometido una torpeza al dejar el «jeep» demasiado cerca del almacén. Ustedes nos han localizado en seguida... Póngase en mi lugar, señor. Yo deseo secundar al comandante en lo que tiene metido entre ceja y ceja... Pero tampoco puedo consentir que vaya a una muerte traicionera, si consiento en que vaya sola.

—¡Ya está bien! ¡Ya está bien...! Fíjese ahora por dónde vamos. En eh bar más próximo al club deténgase. He de hacer una llamada...

—Sí, señor —el sargento, aprovechando la penumbra que existía en el interior del coche, se permitió sonreír, como si todo fuera desenvolviéndose según sus deseos.

Momentos después llegaban a un bar. Allí el coronel llamó por

teléfono.

El superior hizo que el sargento se sentara a una mesa.

—Dentro de unos momentos vendrá un inspector de la CIA. Le ordeno que todo lo que me ha dicho, y cuanto se haya podida reservar, se lo diga al inspector. Es a su Departamento a quien compete este asunto, y no a nosotros. ¡A ver si podemos cortarle al comandante Rodner esa tendencia a hurgar en cloacas...!

—Es mi mayor deseo, señor.

La espera fue corta. Un hombre que vestía de paisano con bastante desaliño, apareció ante el coronel y el sargento. Se sentó saludando con un gesto.

—Es el inspector Denner... Empiece, sargento.

Cuando Loew dijo lo del birmano, el agente sonrió, pero no dijo nada.

—Debemos ir al Club —opinó el coronel, cuando el sargento terminó.

—Celebro que usted me lo pida, porque iba a hacerlo cuando he recibido su llamada. Estaba pensando cómo me daría a conocer. El comandante Rodner no tiene una opinión muy grata de nuestro Departamento.

—El no la tiene ni de sí mismo, inspector Denner. No haga mucho caso de sus ironías.

Salieron del bar. Muy cerca estaba el Club de Cha Ling.

—Dentro ya tengo a dos agentes —dijo Denner—. Yo entraré primero.

—De acuerdo. El sargento y yo veremos si podemos hacer creer a nadie que hemos ido a echar una cana al aire.

En el vestíbulo, el coronel y el sargento tuvieron ocasión de entretenerse mirando las fotografías de mujeres casi desnudas, que actuaban en el Club, como bailarinas, cantantes o acróbatas. La mayoría eran bellezas orientales.

—¿Tras cuál va el comandante? —preguntó el coronel.

Se fijaba en las asiáticas, dando por seguro que se inclinaría por una de las bellezas exóticas.

Pero el sargento movió la cabeza, negativamente.

—Si he de decir la verdad...

—¡Y ay de usted si no la dice...!

—Pues no he visto que le llamara la atención ninguna mujer de

ojos oblicuos. Cuántas veces hemos venido aquí, ha alternado con varias, pero nunca ha demostrado predilección por ninguna. Aunque anoche... Anoche parecía muy contrariado al no aparecer en la pista una de las artistas recién llegadas de Hong-Kong.

Unas noches antes la vimos actuar y el comandante no pareció muy interesado. La chica es muy hermosa, desde luego. Y baila y canta, que da gusto. Pues bien: el comandante, a pesar de que la muchacha pasó muy cerca de nuestra mesa y yo creo que hasta se fijó en él de una manera como para que uno se pusiera así... ¿Usted me entiende, señor...?

—¡Lo entiendo! ¿Qué pasó?

—Pues el comandante ni pareció fijarse en que tenía un cuerpo que era una obra de arte... Ni siquiera que era la artista de la noche...

—¿Occidental?

—Ah, sí. Italiana, pero que ha vivido mucho tiempo en los Estados Unidos. Eso fue lo que me dijeron algunos compatriotas, con quienes hablé anoche, cuando el comandante, se daba a todos los diablos porque ella no actuaba —mientras hablaba iba mirando las fotografías que faltaban—. Y efectivamente: Ya han sido retiradas sus fotos... Una prueba de que ya no actúa aquí.

—¿Cómo se llama?

—Shey.

—¿Qué más?

—Shey a secas. Debe ser su nombre artístico. Así figuraba en los programas.

Era el momento de entrar en la sala. Ya habían estado demasiado rato ante las fotografías y dos empleados asiáticos los miraban...

CAPÍTULO II

Antes de entrar en la sala, Leib se quitó el capote, que estaba empapado de agua y sucio de barro. Dirigió una vaga mirada a las mesas.

Había algunos asiáticos, pero la mayoría eran occidentales. Hombres llegados de cualquier parte del mundo, con un historial oscuro a sus espaldas.

En cualquiera de aquellas mesas, entre risas y taponazos de champaña, planeábanse los negocios más inverosímiles. Tráfico de divisas. Piastras que se convertían en dólares, en libras esterlinas, y otra vez en piastras, en un complicado recorrido en el que, como una babosa, por cada sitio que pasaba iba dejando huella.

Como ocurría con el opio, desde que salía de las altas cimas del norte y pasaba por los laboratorios clandestinos, convirtiéndose en morfina, en heroína... A medida que pasaba de unas manos a otras, iba adquiriendo un mayor precio y perdiendo pureza.

Divisas, estupefacientes, tráfico de armas... En aquellos momentos Saigón era un escaparate de mujeres hermosas, chillidos histéricos, riquezas que aparecían o se esfumaban en forma de aluvión. Y a muy pocos pasos, la jungla, con sus emboscadas.

Un empleado asiático se acercó a Leib:

—*Madame* le espera.

Leib se había colocado en sitio en que pudieran verse desde las habitaciones privadas. Precedido por el asiático salió por una puertecita que daba a un largo corredor.

Al final había una puerta abierta, que dejaba ver una habitación en la que había muebles de despacho y de gabinete.

Madame Gassier, al aparecer Leib en la puerta, agitó sus brazos desnudos haciendo tintinear sus pulseras de oro. Su cara era blanca,

cruzada de arrugas, y sus ojos grises, de un brillo febril. Tenía aire de bruja. Pero dentro de lo que cabía, era una buena mujer.

—¡Comandante Rodner! Pero ¿dónde se ha metido?

—En una charca —contestó Leib, sonriendo.

Cerró la puerta y dejó el capote sobre una silla.

—¿Ha averiguado algo? —preguntó.

—Ahora le traerán al hombre, que anoche vino por Shey.

Era más de lo que Leib esperaba encontrar en el Club.

—¿Dónde lo han cogido?

—El mismo se ha presentado aquí... para recoger algunas cosas que se dejó Shey. Yo le he dicho que ella tiene un contrato por un mes. Y me ha contestado que está dispuesto a indemnizarme. Como usted quedó en que vendría a estas horas, le he obligado a que esperara para que se entendiera «con mi abogado»...

Había presionado un botón disimulado en la moldura del borde de la mesa escritorio, y se deslizó un panel, dejando espacio para que pudiera pasar una persona aunque fuera de contextura muy desarrollada.

—Si prefiere que vayamos a la habitación donde espera... —sugirió la mujer.

—Mejor.

Pasó ella primero. Leib sabía que podía confiar en aquella mujer. *Madame* Gassier tuvo una ocasión en que se vio acorralada. Un oficial americano apareció muerto en uno de sus reservados. Aquella muerte se vio mezclada con el tráfico de drogas.

Todos los amigos desertaron. Todos, excepto Leib. Hizo cuanto pudo por ayudarla. Afortunadamente, el asunto se aclaró por sí solo y *Madame* quedó libre de toda sospecha.

Pero ella no olvidó nunca el gesto de Leib.

Al retirarse del gabinete-despacho, Leib se llevó el capote y esperó a que su amiga cerrara la disimulada puerta.

—¿Teme que le sigan? —preguntó ella.

—No me gustaría que nos interrumpieran. Quiero que ese hombre me explique por qué ha apartado de su club a una muchacha tan maravillosa...

Pese a la confianza que tenía en la dueña del Club, Leib no manifestaba más que eso: que se sentía atraído por la belleza de una artista que hacía muy poco había llegado de

Hong-Kong.

—Por primera vez lo veo interesado por una mujer... Bien es verdad que Shey es una muchacha encantadora. Lamento que haya ocurrido esto, no ya por haber perdido a la artista, sino porque creo que ella y yo hubiéramos llegado a intimar. Ahora me pesa no haber tenido tiempo para dedicarle una hora de conversación. Porque creo que ella lo deseaba, comandante... Sí. Ayer mismo, faltando poco para que llegara ese hombre, entró en mi habitación. «*Madame*: ¿Podría dedicarme unos momentos?». En esto recibí una llamada telefónica, da uno de mis agentes artísticos, y le dije: «Ahora estoy muy ocupada. ¿Puede aplazarme para luego?». Ella asintió, después de mirarme... creo que con tristeza.

Se interrumpió, al llegar a una de las puertas que había al final del corredor. La abrió y apareció un saloncito amueblado a estilo oriental, con un gran biombo al fondo que ocultaba la entrada a otra habitación.

Al abrir la puerta del corredor se movió el biombo y asomó un asiático. A la pregunta que *Madame* le dirigió con la mirada, el asiático sonrió.

—Será mejor que le deje solo —dijo la mujer—. Está en ese gabinete. Si precisa algo, oprima ese botón.

Le señaló uno que había junto al marco de la puerta. *Madame* Gassier y el asiático se marcharon.

Leib fue al otro departamento y se encontró con un individuo que vestía con suma elegancia. Sus ojos, grandes y negros, tenían un brillo como de embriaguez.

Al ver a Leib se levantó de un salto.

—¿Qué burla es ésta? ¿Usted es el abogado de esa arpía? —preguntó, colérico.

Leib se dio cuenta de que se enfrentaba con un individuo histérico, y contestó, sonriendo:

—Soy un admirador de la muchacha que usted se llevó anoche...

—¿Que yo me llevé? ¡Diga más bien que yo acompañé...!

—¿A dónde?

—¿Y por qué tengo que decírselo? —Hizo ademán de apartarlo, para salir.

Leib lo agarró de un brazo.

—Siéntese. Ya le he dicho que esa joven me interesa. ¿A dónde

fueron? O mejor aún: ¿Dónde se encuentra ahora?

—¡No se lo diré!

—Usted ha venido a recoger cosas que pertenecen a Shey. Ya que no parecen gustarle mis preguntas, veremos si las que le haga la policía le son más gratas.

El otro palideció. De pronto, creyendo coger a Leib desprevenido, saltó sobre él, empuñando un cuchillo de hoja estrecha, con pedrería en la empuñadura. Más que un arma, parecía una joya.

La punta del cuchillo pasó a unas pulgadas de una mejilla de Leib. Éste saltó de costado, le agarró en alto el brazo y se lo retorció, golpeándola con la otra mano en las mandíbulas.

El individuo salió como un muñeco con todos los resortes rotos. Dio contra un tabique y cayó al suelo. Por la boca empezó a salirle sangre.

Leib se inclinó a recoger el puñal. Estaba contemplando el derroche de piedras preciosas de la empuñadura, cuando la puerta se abrió y apareció *Madame Gassier*.

—¡Oh, comandante...! ¡Acaba de llegar...! —Al ver el arma se interrumpió. Entonces reparó en el elegante individuo que se hallaba tendido en un extremo de la habitación.

La mujer hizo un gesto de amargura.

—¡Se terminó mi Club...!

—¿Por qué? —preguntó Leib.

—¿Y lo pregunta? Afuera hay agentes. Están mirando las mesas y de un momento a otro me apretarán a preguntas.

—Quizá vengan en mi busca...

La mujer quedó mirando el puñal.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Ese muñeco lo llevaba —contestó Leib, mientras observaba la figura que dibujaban las piedras—. Es un dragón.

—Ese puñal... O uno igual que éste, lo tenía Shey. ¡Escuche, comandante! Shey acaba de llegar... Está arriba. Ha venido empapada de agua, llena de barro... Y parece aterrorizada.

Leib se guardó el cuchillo. Miró al rincón donde estaba el individuo.

—¡Que no salga de aquí...! En cuanto a la policía, si le preguntan por mí dígales... Dígales...

Expuso rápidamente el plan a seguir. La mujer lo escuchaba como atontada.

—¡Pero, comandante! ¡Shey no quiere ver a nadie! ¡Está muy abatida...!

—No importa. Usted mándenlos la cena y ponga cara de fiesta.

Tras vacilar unos momentos, *Madame Gassier* dijo:

—Le llevaré a su habitación.

—Si es la que ocupaba estos días, sé dónde se encuentra —contestó Leib.

La mujer lo miró sorprendida.

—¿Es que anoche estuvo usted arriba?

—Abusé un poco de su hospitalidad. Pero no pude resistir la tentación de estar por unos minutos en la habitación de esa preciosa muchacha.

—¡Y revolvió sus cosas! —exclamó la mujer.

—Estaban ya revueltas cuando yo entré. Alguien se anticipó.

Madame Gassier soltó una exclamación de sorpresa.

—Tengo empleados fieles. Arriba se puede llegar por muchos conductos, pero no con conocidos por los extraños. Usted no lo es, comandante, pero yo no recuerdo haberle dicho nunca por dónde se puede llegar a las habitaciones privadas sin necesidad de que los de aquí abajo lo vean, Y no me alarmo ahora por usted... sino por ése que dice que se le anticipó. ¡Vamos! ¡Shey está sola...!

Cerraron la habitación en que estaba el elegante individuo, todavía inconsciente.

Subieron por una oscura escalera. En lo alto había una claraboya que parecía fuera a estallar, azotada por la lluvia.

Cruzaron varios corredores y puertas. No había más ruido que el de la lluvia. Los distintos departamentos que atravesaron tenían tan pronto el aire de habitaciones donde se guardaban muebles en desuso, como de pronto parecían gabinetes decorados con el más refinado gusto oriental.

Madame Gassier se detuvo ante una puerta y dio unos golpecitos.

—¡Shey...! ¡Tengo que comunicarle algo muy importante!

Nadie contestó. Repitió la llamada. Leib iba a embestir contra la puerta, cuando se oyeron unos leves chasquidos de pies desnudos.

—¡Me estaba bañando, *Madame*...! —dijo nerviosamente una voz de timbre muy agradable—. ¡Pase...!

Entró primero la mujer. Una vez se hubo cerciorado de cómo estaba Shey, dijo:

—No vengo sola. Pase, comandanta.

—¡Traiga la cena rápidamente! —indicó Leib, empujando a la francesa fuera de la habitación.

En seguida que cerró la puerta, pasó el pestillo.

—No se alarme. La policía puede llegar de un momento a otro. Conviene que nos pongamos de acuerdo —dijo Leib, mirando a la muchacha.

Ella, maquinalmente, había ido retrocediendo, apretándose contra, el cuerpo desnudo y todavía húmedo, un tenue batín.

Era una belleza de cabellera negra, ojos castaños. Retrocediendo, fue a tropezar con el lecho y quedó sentada.

El cabello, mojado, se le pegaba a ambos lados de la cara, un perfecto óvalo de piel morena. Sus labios, carnosos, de un trazo lleno de sensualidad, empezaron a acusar un temblor de cólera. Algo muy violento iba a proferir, cuando, luego de un estremecimiento, sus menudos, dientes castañetearon; como si de súbito experimentase frío.

Su frente se llenó de pliegues y miró desesperada a su alrededor.

—¿Por qué... hasta *Madame*... todos son reptiles...?

—No se queje. Aparte de que nos llevaría a perder un tiempo precioso, usted tiene su parte de culpa... Van a traernos la cena. No voy a pedirle que fuerce su apetito. Comeré yo solo... Pero usted tendrá que reír, como si lo estuviera pasando agradablemente con un buen amigo...

—¿Por qué he de hacer eso? —Se incorporó violentamente, sin preocuparse de que el batín se abría.

Pe pronto reparó en que se hallaba poco menos que desnuda ante el hombre, y se apretó la prenda contra el cuerpo.

—En la pista suele aparecer quizá más desnuda. Déjese ahora de escrúpulos. O vístase, aunque no mucho, por si la policía se empeña en entrar. ¡Vamos...! ¡Haga lo que le digo...!

La cogió de un brazo y la empujó al departamento donde estaba el ropero de la artista. Ella obedeció, sin decir nada.

Leib se situó en la puerta, de espaldas a la muchacha.

—Abajo está el hombre que le acompañó anoche...

Se oyó un grito de cólera y de miedo.

—Dice que viene a recoger algunas de sus cosas... Que usted se lo encargó.

—¡Ha mentido...! ¡Yo no lo he visto desde anoche...!

—Dígame a dónde fueron.

—¿Por qué he de decírselo?

—Porque se encuentra en un trance muy difícil, y usted no lo ignora.

—¡Demasiado que lo sé! ¡Desde anoche que estoy huyendo...!

No podía haber más dramatismo en su tono. Leib fue volviéndose. Shey se estaba deslizando por las caderas un vestido muy ceñido. Su figura parecía más esbelta y más aniñada.

—¿Por qué se pone ese vestido? Anoche llevaba otro que le daba una apariencia de más edad.

—¡Detesto la ropa que me hace mayor! ¡No volveré...!

No terminó de decirlo, mirando a Leib, asustada. Éste sonrió.

—Termine: no volverá a sentir el deseo de suplantar a una mujer mayor, de cuerpo más lleno... y de rostro no tan terso como el suyo. ¿Es eso?

Mientras ella se arreglaba el vestido sobre el juvenil busto, miró fijamente a Leib.

—¿Cómo lo sabe?

—Usted me ha visto en la sala, desde la primera noche que actuó aquí.

—¡Yo no reparo en nadie!

—En mí sí reparó —replicó Leib—. Claro que no pretendo haber llamado su atención por mis condiciones personales... Pero algo instintivo debió avisarla que tengo cierta inclinación a averiguar conductas ajenas.

—¡Maldito si en ningún momento me he fijado en usted...!

—¡Basta! —exclamó Leib, agarrándola de los hombros—. ¡Diré más! ¡No ha sido su instinto! ¡A usted quizá la han prevenido contra mí!... ¡Y sepa esto: no la he molestado hasta ahora porque persigo algo que me afecta muy directamente! A eso se debe que yo no diera cuenta al Departamento de Información. Está usted en un mal lío, Shey. Usted ha aceptado ventajosos contratos sin querer pensar que la estaban utilizando para una negra maniobra... Y ahora es cuando la lluvia y el brillo de cuchillos acechándola en la sombra, la llevan a ir de un lado a otro, como un animalejo asustado.

Leib se interrumpió para prestar atención a lo que afuera se oía.

—Puede ser la cena... o la policía.

Era el inspector Denner. Iba acompañado. Afuera se oyó la voz de *Madame Gassier*.

—Comandante... Haga el favor de abrir.

Leib cogió de los hombros a la muchacha y en tono persuasivo, dijo:

—Te podré ayudar si tú me secundas... en todo.

Pasó al otro departamento y, rápidamente, se quitó la guerrera, la camisa y procedió a lavarse.

—Abre tú. Será la cena —dijo en voz alta.

Shey fue a la puerta y despasó el pestillo. Junto a *Madame Gassier* apareció el hombre desaliñado de recia contextura: el inspector Denner.

—¿El comandante Rodner? —preguntó, mirando fugazmente a la muchacha.

—Se está lavando —contestó Shey.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leib, cerrando el grifo de agua.

Secándose el torso con una gran toalla apareció en la puerta del cuarto de aseo.

—Siento mucho molestarle —contestó Denner.

Dio unos pasos hacia Leib, con un carnet en las manos. Leib ni siquiera lo miró.

—Diga lo que desea mientras me visto.

Le volvió la espalda, sin esforzarse en disimular que la visita le resultaba muy molesta.

Madame Gassier, con aire abatido, se retiró, al tiempo que entraba otro hombre. Éste se quedó en la puerta.

—Es mi ayudante —dijo el inspector.

—Me disponía a cenar, inspector Denner —dijo Leib, sin volverse.

—¿Me conoce?

—Usted sabe demasiado que sí. ¿Dónde ha quedado el coronel Watson?

El inspector, después de intentar un gesto de desconcierto, se echó a reír.

—Es preferible que usted se preste a darnos facilidades. Es cierto; el coronel anda cerca.

—¡Naturalmente! Sabía que me tenía que seguir y le he dicho que venía aquí. Estoy pasando mis últimas horas de permiso... Shey... tendré que darte la razón cuando dices que mi profesión es de lo más absurdo. La noche que debutaste en el Club de Tokio, hace dos meses, era mi última noche de permiso. Quedamos en que coincidiríamos en Saigón... y ya ves lo que sucede en mis últimas horas.

Shey permanecía inexpresiva, mirando al suelo. Parecía estar luchando entre seguir la farsa que Leib le brindaba, o rebelarse.

Era verdad que Shey hacía dos meses que empezó su actuación en un club nocturno de Tokio. Como más tarde había pasado a Hong-Kong.

—¿Cuándo estuvo usted en Tokio, comandante? —preguntó el inspector.

—¡Qué curioso! ¿El coronel Watson no le ha informado? —preguntó en tono jocoso—. Hoy hace exactamente dos meses terminó el permiso de ocho días que recibimos del Mando, como un regalo a una de nuestras últimas operaciones, el comandante de aviación Yevich, mi buen amigo Yevich y un servidor. Gracias a mi amigo tuve ocasión de conocer a esta maravillosa criatura...

El nombre de Yevich había hecho que Shey reaccionara, mirando a Leib con un gesto de miedo.

—Ah. ¿Usted no la conocía antes? —preguntó Denner.

—No.

—¿Y bastaron unas horas...?

—A veces bastan unos minutos, inspector —contestó con ironía, abrochándose tranquilamente la camisa, cubriendo en aquel preciso instante unas tiras de esparadrapo que sujetaban una almohadilla de gasa que taponaban una herida en el centro del pecho.

Cuando se hubo cubierto, se volvió.

—Pero no creo que hayan venido ustedes para averiguar cómo esta chiquilla y yo nos conocimos —siguió Leib.

—No. Es que tenemos noticias de que anoche estuvo usted aquí, comandante.

—Vengo todas las noches.

—Pero anoche esta señorita no estaba en el Club.

—¿Qué tiene de particular? Ella tiene a otros devotos cómo yo.

El inspector dio signos de impaciencia.

—No perdamos tiempo, comandante. Anoche, en un departamento recayente a la parte trasera de esta casa... Más concretamente, en un local donde el dueño sólo guarda trastos viejos y cajas vacías, ocurrió un altercado...

—Eso es cosa de todas las noches.

—Tenemos noticias de que usted tomó parte en la refriega —y volviéndose a mirar a su ayudante, invitó—: Dígale lo que ocurre, Lasker.

El ayudante se despegó de la pared y, situándose en el centro de la habitación, manifestó:

—Esta tarde, en el río, ha sido hallado un hombre apuñalado. Un hombre que anoche estuvo en esta casa... Un birmano, muy conocido entre los hombres de... «negocios». También las artistas que trabajan aquí lo conocen mucho —y miró a Shey.

La joven miraba al suelo y no se dio cuenta. Shey había encendido el cigarrillo que el inspector Denner acababa de darle y lo succionaba muy deprisa, en actitud nerviosa.

—Sabemos que ese birmano estaba anoche citado aquí con cierta mujer... muy dada a los viajes y a los «negocios» —agregó el inspector Denner—. Es conocida por Della Star.

El inspector no apartaba la mirada de la mano con que ahora Shey sostenía el cigarrillo. El nombre que el agente acababa de pronunciar había afectado a Leib, pero disimulando, preguntó:

—Y bien: ¿Qué relación puede tener eso conmigo? —Y como distraído, le quitó a Shey el cigarrillo y se lo puso en los labios.

—El birmano no salió anoche por la puerta principal, como era su costumbre. Parece que buscó una puerta falsa... Así y todo, no escapó a lo que seguramente presentía. Alguien le estaba esperando en el almacén.

Hizo una pausa, dando unos pasos hacia Leib. Éste permaneció inmóvil, con el cigarrillo en los labios, desafiando la mirada del inspector con un gesto de sorna.

—Yo estaba por estos alrededores, comandante... No es fácil transportar a un hombre muerto. ¿Tenía usted cerca un coche?

Leib no contestó. Se limitó a succionar el cigarrillo y expulsar el humo.

—Pero lo que usted echó al Mekong, el río nos lo devolvió esta tarde —concluyó Denner.

—Está bien. Si solamente se trata de eso, no vacilé mañana en presentarse en Comandancia. Pero no me fastidie la noche...

—Usted sabe demasiado que la noche ya está perdida Por lo menos para lo que usted está queriendo dar a entender. Ni usted ni esta señorita han hablado antes, ni ninguno de los dos se encuentra aquí en plan de divertirse...

—Tendré que reconocer que el Departamento de Información es eficaz —exclamó Leib, con ironía.

—No es tan deficiente como algunos piensan, comandante... Usted nunca había dirigido la palabra a esta señorita... Pero sí a Della Star. Es su gran parecido lo que le ha hecho acercarse a esta joven...

Shey hizo un gesto de cólera. Y mirando a Leib y al inspector Denner, gritó:



—¡Déjenme en paz...! ¿Por qué me mezclan en sus problemas? ¡Quiero dejar cuanto antes este maldito país...!

Leib, viendo que la farsa era imposible, se volvió de cara a la muchacha y declaró:

—Debiste pensarlo antes... Eres buena bailarina y tienes una preciosa voz. Eres más bonita que nunca lo ha sido Della Star... ¿Por qué demonios te prestaste a los manejos de ella?

—¡Yo nunca he tratado con esa mujer! ¡Ni nunca la he visto...!

—Pero tú ignorabas que ella giraba a tu alrededor. Tú nunca has sabido con certeza cuánto tiempo ibas a actuar en un Club...

El ayudante de Denner, que había vuelto a situarse en la puerta, se quedó mirando afuera e hizo como que iba a cuadrarse. Desde

fuera debieron decirle que estuviera quieto, pero ya era tarde.

—¡Adelante, coronel! —invitó Leib.

Tras de Watson apareció el sargento Loew. Al ver a Shey, el sargento hizo un gesto de sorpresa. Luego, mirando al coronel, pareció preguntarle con el gesto: «¿Qué? ¿Opina como yo? ¿Vale la pena?».

—Lo siento, Rodner —dijo el coronel—. Pero si se limitara a sus funciones, no se vería en estos problemas. El inspector Denner me ha dado a entender que usted sabe más de este asunto de lo que aparenta. ¿Va a hablar de una vez?

Leib miraba a la muchacha. El gesto de amargura que ella expresaba, le hizo decir:

—Está bien: Pero quiero una promesa del inspector Denner.

—¿Cuál?

—¿Protegerán a esta muchacha hasta que salga del país?

—Eso delo por seguro —contestó Denner.

—¿Han hablado con el tipo que hay ahajo?

—Hemos subido directamente aquí —contestó el inspector.

—El hecho de que aquí se encuentre Shey, cuando ese individuo ha venido a llevarse «unas cosas» de esta muchacha, dice mucho.

El inspector se le acercó intrigado.

—¡A ver, comandante! ¡Explíquese!

—Será mejor que nos lo diga él —y cogiendo de un brazo a la muchacha—. Vamos a ver a tu acompañante de anoche.

La joven se puso rígida.

—¡No quiero ver a ese individuo!

—¿Por qué? ¿No fue atento contigo? Sé que anoche se limitó a acompañarte a algunos Clubs, donde tomabais un cóctel.

—¡Así era en las primeras horas...! Luego... Luego pareció borracho. Quizá fuera cierto. En todos los sitios repetía el cóctel... Cuando íbamos a visitar a uno de los Clubs de los arrabales se quedó como dormido, dentro del coche. El conductor, un oriental, me preguntó a dónde íbamos. Yo no sabía el nombre del Club. Y estaba deseando desaparecer. Le dije aguardara unos momentos, mientras telefoneaba desde un bar... Y no volví.

—¿Por qué ese recelo? —preguntó Leib.

Los demás callaban. El inspector Denner se había dado cuenta de que si alguien podía conseguir que la muchacha Se confiara, era

Leib.

—Siempre que salíamos de un Club... un coche salía tras de nosotros.

Leib sonrió.

—Era mi gente.

El coronel soltó un taco.

—¡Usted equivocó el oficio...!

Leib no le contestó. Mirando a la muchacha, dijo:

—Volviste locos a mis muchachos, cuando te metiste en el bar y no apareciste. ¿Qué has hecho desde entonces?

—¡Esconderme!... —Se puso las manos en la cara.

—¡No puedo ver ojos oblicuos! ¡Voy a volverme loca!

Rompió en sollozos. Leib se le acercó, la arrimó contra su pecho y le acarició el cabello.

—Has corrido muchos riesgos... Yo lo sé.

No dijo más de momento. Durante unos instantes permaneció acariciando el cabello de Shey. Luego, mirando al inspector y al coronel, les pidió que salieran, con un movimiento de la cabeza.

Obedecieron todos. Al quedar solos, dijo Leib:

—Vas a saber qué riesgos corriste anoche. Déjate llevar por mí. Ahora vamos a hablar con el sujeto que te acompañó.

La muchacha se dejó llevar...

CAPÍTULO III

El elegante sujeto permanecía sentado en un diván, limpiándose con un pañuelo la sangre que le salía por las comisuras de la boca. Al ver al que le había golpeado, se levantó, cubriéndose la cara con los brazos.

—Eso terminó... si te portas bien —dijo Leib.

Detrás de Leib estaban el coronel y el inspector. La muchacha y el ayudante no se dejaban ver.

—¿Qué quiere?

—Nada más esto: Dónde, a qué hora y quién te dio el encargo de que vinieras a recoger «las cosas» de Shey.

—¡Ella misma!

—¿A qué hora?

—Hará... —Miró el reloj que llevaba en la muñeca izquierda—. Hora y media aproximadamente.

—¿Dónde?

—En la pensión donde se ha escondido. Anoche me dejó tirado por ahí... ¡Esa mujer está loca...! Esta tarde me envió una esquela al hotel, para que fuera a verla.

—¿La viste?

—Sí. Estaba todavía con la cola de la borrachera de anoche. Cuando me dejó, se fue por los garitos. ¡Y conmigo todo eran gazmoñerías...! ¡Maldita hembra...!

—Conque la viste.

—Sí. Con una bolsa de hielo en la cabeza.

—¿Su voz?

—No la oí. No habló. Estaba amodorrada.

—¿Y cómo te dio el encargo?

—La camarera. Una joven laosiana.

—¿Qué te dijo que recogieras?

—Sus objetos de tocador.

—¿No insistió sobre nada en particular?

El individuo permaneció unos momentos pensativo.

—Sobre un tubo de labios...

Leib se quedó esperando. Pero el individuo hundió la cabeza en los hombros y permaneció callado.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Bien. Vas a acompañarnos a la pensión...

El individuo se estremeció y dio un salto.

—¡No me acuerdo!

—¿Y dónde tenías que entregar «las cosas»?

—Tenía que llevármelas al hotel. Ya vendrían a recogerlas.

Leib lo agarró del pecho.

—Yo tengo el presentimiento de que no eres más que un pobre diablo, pero puede que la policía piense otra cosa. Tú verás si te conviene ayudar.

El individuo se desfondó. Miró al inspector y al coronel y temblando, dijo:

—¡No he hecho más que cumplir lo que me mandaban...! Les llevaré... a donde he visto a Shey.

Al cruzar la puerta se encontró con la muchacha. Su rostro terso, su mirada limpia, lo desconcertaron.

—¿Usted aquí?

—¿Por qué no? Para recoger «mis cosas» me bastaba yo misma... En cuanto a ese tubo de labios... lo he echado de menos apenas llegué —dijo Shey.

Salieron del establecimiento por corredores que sólo *Madame Gassier* y los empleados conocían. Las puertas más insospechadas se abrían apenas la francesa daba, de determinada forma, unos golpecitos.

Salieron a la misma callejuela que la noche anterior cruzaron Leib y el sargento Loew. Tres coches, con los faros apagados, aguardaban en una esquina. Seguía lloviendo torrencialmente.

El individuo golpeado por Leib, que vestía como para una gran fiesta, miraba horrorizado la lluvia, sin decidirse a lanzarse a la calle.

En un mismo coche se metieron el inspector y el individuo. En otro, el que conducía el sargento, subieron Leib y Shey. En el tercero, el coronel y el ayudante del inspector.

Los coches arrancaron desembocando al poco en una ancha avenida bordeada de palmeras. Se veían muy pocas luces. Eran los relámpagos los que de vez en cuando arrancaban de las tinieblas un retorcimiento de ramas enredadas a la lluvia.

—¿Cómo te dijo que se llamaba ése sujeto? —preguntó Leib.

—Danys —contestó escuetamente la muchacha.

Permanecieron unos momentos callados.

—¿Más tranquila? —preguntó Leib.

—No lo estaré nunca mientras no me vea fuera de aquí.

—¿A dónde deseas ir?

—¡A mi país de origen!

—¿A Italia? ¿Por qué?

Ella no contestó. Los coches habían dejado la avenida metiéndose por una calle transversal. Antes de llegar al extremo, se detuvieron.

—Creo que hemos llegado —dijo el sargento.

Leib iba a abrir la puerta cuando el coche que se encontraba delante empezó a crepitar a balazos. Tiraban desde el interior de uno de los patios.

Chascaban las balas contra la carrocería. Varios proyectiles buscaron el segundo coche, y el tercero.

Leib agarró a la muchacha de los brazos y tiró con fuerza, obligándola a tenderse en el fondo del coche. Saltó a tierra, pistola en mano.

Desde el primer coche ya estaban disparando. Pero la respuesta resultaba bien débil por la furia con que los agresores disparaban con metrallera.

Eran varias ametralladoras de mano las que intentaban enfocar los tres coches. Deslizábanse pegados a las paredes.

—¡Échese al suelo, Leib! —gritó el coronel.

Leib recordó que aquella noche había tenido que hacerlo, tirándose a una charca. Se limitó a acucillarse, deslizándose así al amparo de los coches.

Las metralleras iban enmudeciendo y un relámpago iluminó de pronto toda la calle. Varias figuras aparecieron corriendo en

retirada.

Leib se levantó y corrió tras ellos, disparando. Cuando los individuos iban a volverse saltó al interior de un patio. Varios latigazos de fuego batieron la calle. Y de pronto, se hizo el silencio.

Se produjo otro relámpago. Leib seguía en el portal abierto. Acababa de dar un salto atrás, manteniendo el arma en posición horizontal, cuando advirtió en la nuca el aliento de alguien. Se volvió rápido y disparó, dejándose caer.

Sobre su cabeza pasó una corta ráfaga de fusil ametrallador. Oyó el ruido del arma y el choque de un cuerpo, dando contra el piso del patio.

Esperó unos instantes... Sacó la lámpara automática y la inclinó al suelo. Halló a un individuo de bruces.

—¡Apague esa luz, comandante! —indicó el inspector Denner—. ¿Se ha vuelto loco?

—¿Por qué? —contestó Leib, con ironía.

—¡Va a atraer los disparos...!

—Es seguro que aquí ya no queda nadie.

Estaba en lo cierto. En vano salieron a recorrer la calle de arriba abajo. Los agresores habían desaparecido.

Quedó en prenda aquel cadáver. Un individuo de piel muy morena, nariz aplastada y ojos grandes, que mantenía desmesuradamente abiertos.

Un tipo malayo excesivamente corriente para que pudiese orientarlos.

Pero Leib reparó en el arma que tenía el lado.

—¡Coronel! —exclamó, apenas la tuvo en las manos—. ¡Mire!

El sargento había ayudado a Shey a bajar del coche y se encontraba en el patio junto a los demás.

Cuando el coronel tuvo el fusil en las manos no pudo reprimir una exclamación de estupor.

—¿Cómo demonios está aquí esto? —Y miraba a Leib, esperando que lo sacara de unas sospechas que lo aturdían.

Era un tipo de fusil ametrallador de reciente construcción que el ejército expedicionario acababa de recibir, en tan escasa cantidad, que sólo un contado número de soldados estadounidenses disponían de ellos: el batallón de paracutistas que debía mandar Leib Rodner.

—No pensará que yo se los he facilitado al enemigo. ¿Verdad, coronel? —preguntó Leib, en tono que parecía jocoso.

—¡Pero esto es desconcertante...!

El inspector Denner se les acercó.

—Mi ayudante ha resultado herido. Ahora se lo llevan... En cuanto a ese sujeto, está llorando de miedo. ¿Entramos en la pensión, antes de que se nos desmaye?

—Vamos —contestó Leib, agarrando a la muchacha de un brazo, para protegerla de cualquier otra embestida.

Era la casa en cuyo patio Leib había eliminado al malayo. Subieron dos tramos de escalera.

En la casa, de un solo piso, no había nadie. Excepto una mujer muerta.

Presentaba señales de lucha. En el suelo del salón donde se encontraba tendida, había una pistola.

La mujer se hallaba de bruces, con el cabello negro esparcido. Cerca de la nuca tenía un puñal, que al recibir la luz de la lámpara automática, pareció encenderse de gotas brillantes.

Las luces estaban apagadas. El inspector que empuñaba otra lámpara buscó el conmutador y el salón quedó iluminado.

Leib, apenas descubrir el cadáver, miró a Shey. La muchacha hizo un movimiento de sorpresa y palideció.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leib.

—¡Ese puñal... era mío...! ¡Lo perdí anoche...!

—Quizá no —contestó Leib, sacando de un bolsillo el que había soltado Dany.

El individuo había dejado de temblar, mortalmente pálido, la mirada fija en la muerta.

—¿De dónde sacaste esto? —le preguntó Leib, sin darle tiempo a nada.

—¡Se lo quité anoche del bolso! —contestó Dany.

—¡Creí que las piedras eran de valor, pero sólo son trozos de vidrio!

Denner se había arrodillado junto a la muerta. La tocó.

—Hace muy poco que ha muerto.

La volvió cara arriba. Antes de que nadie le hubiera visto el rostro, Leib dijo:

—Es Della Star.

Pero Leib, que se creía a cubierto de toda sorpresa, al ver a la muerta cara arriba, emitió un grito.

Todos se le quedaron mirando. Leib se acercó al cadáver y pasó un dedo por una de las mejillas, siguiendo unos profundos costurones.

—¡Luego era cierto...!

—¿Qué? —preguntó el coronel.

—Esto... Tenía noticia de que sufrió un «accidente» en el rostro, pero no pensó que tuviera tanta importancia para su belleza.

Leib cogió uno de los cojines que había sobre un diván y lo colocó bajo la cabeza de Della Star, volviéndole la cara de forma que el cojín disimulara la cicatriz. Le arregló el cabello sobre el óvalo moreno.

—¡Miren ahora a las dos! —señaló a Shey y a Della Star.

Fue el individuo quien primero prorrumpió en exclamaciones:

—¡Es a esa mujer a quien he visto antes!... ¡Estaba sentada en esta misma habitación!... ¡La vela de perfil y les mentí cuando dije que no habló!... ¡Me dio órdenes para que fuera al club!...

—La voz de Della Star distaba mucho de ser la de esta muchacha —observó Leib.

—Yo supuse... que era el enfado... porque anoche me embriagué... Estaba asustado. Aquí había dos tipos asiáticos mirándome fríamente...

El coronel y el inspector no hacían más que comparar el rostro de Shey y el de la muerta.

—Existe un cierto parecido..., pero es imposible que nadie que conociera a esa mujer pudiera confundirla con esta muchacha —comentó el inspector.

—Hace un año, Della Star se diferenciaba muy poco de Shey —contestó Leib—. ¿Y quién la ha visto desde entonces?

El coronel Watson era el que parecía más afectado.

—¡Leib! ¡Voy recordando!... ¿No fue por esta mujer por la que usted y el comandante Yevich, en Seúl..., hará unos tres años...?

Leib asintió con un movimiento de cabeza. Pero enseguida agregó:

—Por esta mujer... pero con esa imagen —y señaló a Shey—. Tenía más años que ahora tiene esta muchacha, pero los llevaba diabólicamente bien. En realidad fue la competencia de las armas lo

que dilucidamos Yevich y yo. Cogimos como pretexto a esta mujer y armamos el gran jaleo en un club de Seúl. Intervinieron las autoridades locales y hubo mar de fondo.

—¿Mar de fondo? ¡Dígamelo a mí que me encontraba como agregado militar de la Embajada!... La Prensa se despachó a su gusto, presentando a nuestros soldados dirimiendo a botellazos sus rivalidades por una bailarina... A usted y al comandante Yevich les salvaron su buena hoja de servicios. Pero así y todo, pagaron su culpa en misiones algo engorrosas.

—Misiones que todavía continúan —contestó Leib, con aire de broma. Pero en aquellos momentos estaba muy afectado—. Creo que aquí esta muchacha y yo sobramos. ¿Podemos retirarnos?

—¿A dónde piensa ir? —preguntó el coronel.

—Al cuartel. Esta muchacha podrá quedarse en el pabellón de las enfermeras.

El coronel miró al inspector. Éste había comprendido que Leib quería apartar a la joven de aquel lugar, tanto para evitarle difíciles interrogatorios como para justificarse con ella. Y de momento, todo estaba en la iniciativa de Leib Rodner, el que tenía que mandar la operación «Rubí».

El inspector asintió. Entonces autorizó el coronel:

—Váyanse... Mañana le espero en la Comandancia.

—Allí me tendrá, señor.

Leib, Shey y el sargento salieron de la casa, montaron en un *jeep* y emprendieron la marcha hacia el cuartel donde se alojaba el batallón de paracutistas.

Cruzaron la guardia sin que nadie se diera cuenta de que dentro del coche iba una mujer.

El coche se detuvo frente al pabellón de las enfermeras. Leib se apeó, entró en el edificio, estuvo unos momentos dentro y cuando apareció, dijo:

—Tienes ya una habitación dispuesta. Aparte de la teniente enfermera que te acompañará a tu departamento, con nadie más te verás. Yo me comprometo a librarte de toda clase de molestias... Pero tú has de prometerme no dejarte ver de nadie, hasta que yo te avise.

Se quedó esperando a que ella contestara. Desde que salieron de la casa donde Della Star apareció muerta, Shey no había despegado

los labios.

—¿Qué dices?

—Obedeceré —murmuró Shey—. Hace tiempo que no hago otra cosa.

* * *

A media mañana, el sargento abrió la puerta del despacho y anunció:

—El comandante Yevich ha llegado.

Leib lo estaba esperando.

—Que pese.

Hubo un tiempo en que parecieron enemistados, a raíz del altercado en Seúl, tres años atrás. Luego, la vieja amistad pareció restablecerse:

La puerta se cerró y volvió a abrirse. Antes pudo Leib oír un fuerte ludir de botas nuevas. Era indudable que allí estaba Yevich, con su impecable indumentaria.

Al abrirse la puerta, Leib, sin soltar los papeles que tenía en las manos, levantó la cabeza, miró al aviador y preguntó:

—¿Qué hay, Yevich?

El recién llegado era un hombre tan alto como Leib, rubio, de ojos azules y boca grande.

Soltó una carcajada y avanzó con los brazos tendidos.

—¡Primero que nada, quiero darte las gracias!

—¿Por qué?

—¡Llevamos doce días concentrados en la base, sin que nos concedan un permiso de horas!... ¡Gracias por tu llamada! ¡Cómo deseaba aparecer por aquí!

—No te alegres demasiado pronto. ¿A qué hora has salido de la base?

—Amaneciendo. ¡Pero estos puercos caminos...!

Se desabrochó el capote y apareció un incólume uniforme de aviador, cruzado por un correa brillante.

—No puedes quejarte. Cuando no vuelas te trasladas sobre ruedas —comentó Leib—. En mi lugar tus reniegos serían más justificados...

—¿Por qué has dicho que no me alegre demasiado pronto? ¿Es

que no van a concederme unas horas libres?

—Me temo que no.

—¿Cómo qué no? ¡Yo necesito...!

Pero se contuvo. Leib, haciendo como que estaba ocupado con los papeles, se hizo el desentendido.

Pensaba en lo que Yevich no llegó a decir. ¿Qué necesitaba? ¿Ver a quién? ¿A Della Star... o a Shey?

—¡Vaya! Nunca sospeché que fueras aficionado al papeleo —comentó Yevich, ya en tono ligero.

—Día de papeleo, víspera de acción —contestó Leib.

—Sí. En el Grupo también hay una invasión de papeles... Bah. Yo me desentiendo de todo eso. Ya hemos recibido orden de estar preparados, pero no creo que por ahora...

Se quedó mirando el ventanal, contra el que se estrellaba una lluvia fina y persistente.

—Eso no importa —replicó Leib—. Los partes meteorológicos prevén cambios rápidos... De todas formas los helicópteros podrán actuar. ¿No es cierto?

—Tal vez —contestó Yevich, distraído.

—Te he llamado porque necesito que me informes sobre esto. Posiblemente tengamos que actuar en estrecho contacto... Hace unos días, en pésimas condiciones meteorológicas, conseguiste llegar en helicóptero hasta el blocao

«5-Q».

Yevich hizo un gesto de asombro.

—¡Y se me aseguró que era una misión secreta!...

—Y lo es. ¿Por qué no? Yo mismo la sugerí. Me encontraba en el Mando cuando se recibió el mensaje del coronel Hamner. Sin víveres y casi sin municiones.

—¡Y con un endiablado tiempo! —agregó Yevich.

—Sin embargo, llegaste. Tengo que pedirte disculpas por designarte a ti. Pensé que eras el hombre que podía realizar esa misión con toda clase de éxitos. ¿Encontraste muchas dificultades?

Yevich se encogió de hombros e hizo un gesto vago.

—Bah... Los nuevos helicópteros son buenos caballos.

—Te confieso que pasé un mal rato. Aparte la responsabilidad moral que me tocaba, por haberte designado para esta misión, no se me iba de la cabeza la situación del coronel Hamner y la de sus

bravos soldados. Por fortuna todo salió bien... Respiré cuando leí tu informe.

—Esta vez no lo he «hinchado» —contestó jocosamente Yevich—. El resultado fue excelente.

Leib se levantó y empezó a pasearse.

—¡Si algo hubiera llegado a fallar! —dijo, como pensativo—. Imagina que por decisión mía se incluyeron en los paquetes de armas algunos de los fusiles de nuevo modelo... Para el coronel Hamner ha debido ser una grata sorpresa encontrarse con esas formidables armas.

Estuvo unos momentos paseando. Yevich permanecía sentado, de lado al ventanal.

—Estoy impaciente por conocer la opinión del coronel Hamner sobre esos fusiles —y Leib se quedó mirando a Yevich.

El aviador se levantó.

—Es prematuro. Las lluvias habrán impedido toda actividad...

—No creo —replicó Leib—. El bloqueo

«5-Q»

es una prenda muy codiciada por el enemigo y no renunciarán a poseerla, por muchos temporales de agua que se les echen encima.

Yevich no dijo nada. Maquinalmente sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Leib.

El sargento Loew llamó.

—Pase.

—El coronel Watson acaba de llegar preguntando por el comandante Yevich.

—¿Qué le han contestado?

—Que acababa de llegar.

Leib miró al aviador.

—Quiere tu opinión sobre la operación «Rubí». Tú verás cómo te las arreglas para que luego te conceda unas horas de permiso.

—¡Hombre, seguro que lo conseguiré!

A los pocos momentos de marcharse el aviador apareció el inspector Denner. Llegó a tiempo de oír cómo Leib instruía al sargento.

—Confío en que cuando salga de hablar con el coronel, le sigan sin que lo advierta. Prefiero que pierdan la pista a que se de cuenta que lo observan. ¿Entendido?

—Entendido —contestó el sargento.

Al quedar solos, dijo el inspector:

—No pierde usted el tiempo... ¿Tan seguro estaba de que íbamos a aceptar su proposición?

—Seguro, no. Sencillamente que lo consideraba lógico.

—Cuando ha llegado su informe al despacho del coronel, me encontraba yo allí y acababa de rogarle que viera la manera de que usted prosiguiera este asunto. Su ofrecimiento espontáneo ha llegado a tiempo.

—¿Ex coronel; no ha renegado?

—¿Por qué?

—El detesta mis inclinaciones de contraespionaje.

—Pero esta vez ni él ni yo podemos protestar, porque nos tiene usted bien cogidos. Algunas veces da usted la sensación de que sabe más de lo que dice. Otras, lo contrario... Por ejemplo: cuando habló anoche de que usted y esa muchacha se conocieron en Tokio..., gracias al comandante Yevich. Y resulta que ni usted ni él han estado en Tokio en todo lo que va de año. ¿Por qué lo dijo?

Leib sonrió.

—Ustedes, al aparecer tan pronto, no me dieron tiempo de interrogar a la muchacha. A mí me importaba saber algo que me había de revelar si mis indagaciones llevaban buen rumbo. Y lo conseguí.

—¿Puedo saber qué era?

—Si el nombre de Yevich era familiar a la muchacha. Ella no me desmintió delante de ustedes porque estaba desconcertada, o porque quiso secundarme. Pero el nombre de Yevich la afectó.

—¿Y qué es lo que usted supone?

Leib sacó cigarrillos y ofreció al inspector. Se colocó de cara al ventanal y dijo:

—En todo lo que va de año no sólo no hemos estado Yevich y yo en Tokio, sino que no hemos tenido más que breves permisos aquí en Saigón, y en Vientiane. Este avispero ha estado demasiado inquieto para que nos soltaran. Pero esto ha tenido una parte sardónica y es que se nos ha hecho creer multitud de veces que íbamos a tener un permiso para desplazarnos a Tokio, a Hong Kong, a Bangkok... Repare en todos estos nombres.

—¿Por qué?

—Un compañero de armas vino un día a decirme que en un club nocturno había visto actuar a Della Star. Esto hace exactamente dos meses... Cuando Yevich y yo teníamos la creencia de que iríamos allí. De pronto, esa chica ha aparecido aquí... Por *Madame* Gassier supe que había estado en Hong Kong y en Bangkok por las fechas en que Yevich y yo volvíamos a hacer planes para gastar los días de permiso. ¿Para quién se preparaba el señuelo?

El inspector, intrigado, no osaba succionar el cigarrillo, mirando a Leib.

—¿Piensa usted que el comandante Yevich no ha visto todavía a esa muchacha?

—Creo que no. Ella estaba actuando en Nueva York, tratando de abrirse paso, cuando le ofrecieron trabajar en estas latitudes. Le ofrecieron un contrato muy tentador... El público sólo podía verla a la hora de salir a la pista. Luego ya no había manera de llegar a ella. Menos aquí en Saigón. Aquí ese individuo, Danys, hizo algo más que llegar hasta Shey: sé la llevó por ahí... ¿Se lo explica?

—Ese Danys no parece más que un eslabón. Está aterrorizado y nos ha confesado que el birmano que usted echó al Mekong...

—Ju Hkio —señaló Leib.

El inspector le miró sorprendido.

—¿Usted ya sabía quién era cuando lo echó al río?

—Y también los que lo mataron. Si estaba callado, su cuerpo no importaba.

El inspector no quería criticar los procedimientos de Leib, temiendo que se cerrara a dar más información.

—Bien: ese Danys ha confesado que Ju Hkio le prometió una carga de opio en crudo, incluso los medios de transporte hasta Hong Kong, si se prestaba a acompañar a Shey durante unas horas, visitando distintos clubs. Al decírmelo yo me eché a reír. «¿Cómo consiguió que esa muchacha abandonara su trabajo por la invitación de un hombre al que nunca había visto?», le pregunté. Danys me contestó que Ju Hkio le entregó un sobre cerrado para que se lo diera a Shey. Y que así lo hizo. *Madame* Gassier le acompañó hasta un gabinete... El mismo en que usted le atizó. Allí esperó, mientras *Madame* pasaba el sobre a Shey. Al rato apareció la muchacha vestida para la calle...

—Impermeable holgado. Peinado suelto, cubriéndole media

cara... La lluvia de estos días le favorecía para que pudiera entrar en los clubs sin quitarse el impermeable, ni bajarse siquiera las solapas...

—Ni el capuchón —observó el inspector—. Se sentaban en los sitios en penumbra... La misión de Danys era hacerse el encontradizo con algún conocido, cruzar unas frases y como de pasada decir que estaba con una antigua amiga, con una conocida artista de *cabaret*, Della Star.

Leib se volvió de cara al inspector.

—Ahora, que ya dispone de algunas piezas, diga: ¿qué opina de esa tramoya?

—¡Que es absurda! —contestó el inspector.

—¿Por qué?

—Porque aparte de que aquí muy pocos habrán conocido a la verdadera Della Star, ¿qué podía significar que creyeran que ella había estado con ese tipo en el club a tomar una copa?

Se hizo un silencio. La lluvia había arreciado y se oía cómo azotaba los cristales.

—Si usted hubiera conocido a Della Star... Su demoníaca mentalidad... Ella ha escogido a esa muchacha como proyectil contra el comandante Yevich, o contra mí. O quizá contra los dos...

—¿Y qué podía conseguir?

Tras unos momentos de permanecer pensativo, manifestó:

—Todo lo más extraño y monstruoso se podía esperar de esa mujer. Ya antes era natural en ella hincar el colmillo para emponzoñar... Con mayor motivo ahora, en plena decadencia... ¡Y esa cicatriz en la cara...!

—Pero, comandante, no se deje llevar por su imaginación. ¿Qué podía suceder?

—Della Star se ha estado moviendo en la sombra. Yo supe confidencialmente que tuvo un «accidente», pero se me dijo que se había restablecido y que había vuelto a los Estados Unidos. Yo podía darle ahora conjeturas que podían llevarnos a pasos equivocados. ¿A usted qué le interesa de esto, cubrir las apariencias o llegar a la razón del asunto?

—¿Y a usted? —preguntó a su vez el inspector, sin poder evitar un gesto irritado.

—A mí me importa un comino —haber localizado un depósito

de armas, o saber quién ha asesinado a Della Star. Si estoy en esto es porque pienso en las ramificaciones que puede tener en la zona de combate. Eso es lo que quiero que tenga en cuenta, inspector.

—No lo olvido.

—Quizá no lo tiene con los rasgos brutalmente claros con que aparece en mi mente. ¡La jungla, amigo!... ¡La jungla es la que no olvido! Estoy convencido de que todo esto está ligado con acontecimientos que se avecinan. Y que van a ocurrir no en la retaguardia precisamente. Por eso quiero que me dejen obrar a mi manera. Ya vio usted que anoche fui de los primeros en marcharme de la pensión donde estaba Della Star. Era como si echara otro cuerpo al Mekong. Me he desenvuelto como si me encontrara en primera línea... Allí no nos entretenemos en formulismos.

—De acuerdo. Yo he venido dispuesto a aceptar sus sugerencias. También tiene a su disposición a mis hombres.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero preferiría no tener necesidad de recurrir a más hombres que a los míos. Me bastará con que, cuando entremos en acción, usted permanezca a mi lado sin ponerme cortapisas.

El inspector se colocó al lado de Leib. Los dos de pie ante el ventanal rayado por la lluvia, miraron en dirección a donde estaba el pabellón de las enfermeras.

—¿Qué sabe de ella? —preguntó el inspector, después de una pausa.

—Que duerme como un crío. Es cierto que la noche en que huyó de ese tipo, se la pasó cruzando Saigón de un lado a otro, aguantando la lluvia al hacerse de día se metió en un hotel de ínfima categoría y al anochecer se encaminó al club de Cha Ling. Estaba agotada...

—¿Piensa utilizarla?

—Depende de lo que el comandante Yevich haga en Saigón, en las horas que el coronel le conceda...

CAPÍTULO IV

Cuando Leib entró en el gabinete, se encontró a Shey con uniforme de enfermera.

—Si alguna vez puede uno desear que estalle una granada y de un refilonazo, es ahora, si garantizan que tú vas a cuidarlo...

Todo había cambiado en ella: el agotamiento de la noche anterior, el peinado, el brillo de los ojos. Únicamente se mantenía su esbeltez y su belleza.

—¿Te han atendido bien? —preguntó Leib.

Ella asintió, sonriendo.

—*Madame* Gassier se ha encargado de recoger todo lo tuyo... Pero he de confesarte que hace dos noches, cuando tú te fuiste con Danys...

Se interrumpió, como si no estuviera seguro de si debía revelar algo que podía romper la serenidad en que ella se mantenía.

—Me llevé algunas cosas...

—¿El tubo de labios?

—No. Lo tengo, pero no lo cogí de tu cuarto. Lo llevaba Ju Hkio. Entre el sargento y yo lo registramos minuciosamente y le quitamos todo lo que llevaba encima. Por eso lo echamos al Mekong, para que el enemigo quedara en la duda de si determinados «objetos» se habían perdido definitivamente, o seguían en tu tocador.

La muchacha perdió el gesto risueño y miró muy afectada a Leib.

—Pero ¿qué ocurre con mis utensilios de tocador?

Leib metió una mano en un bolsillo y sacó una funda de lápiz de labios.

—Hasta llegar a Saigón, te asistía una sirvienta japonesa.

—Sí. Pero apenas llegar tuvo que partir para su país, por la

muerte de un familiar. Me prometió volver fe los ocho días.

—Ya no tenía que volver. Se estaba desmontando el cerco de enlaces y comparsas formado a tu alrededor. Aquí en Saigón se iba a dar el golpe... Mira. Contiene una lista de nombres y domicilios. También la contraseña que han de facilitar los contactos... Muchos da esos nombres se refieren a comerciantes «respetables» establecidos en Tokio o en Hong Kong, y en Bangkok... Y aquí mismo.

Hizo una pausa. Shey, atónita, iba retrocediendo hasta llegar a un sillón, donde se sentó maquinalmente, sin dejar de mirarlo.

—¡Pero yo... no sé nada!...

—Estoy seguro de ello. Y no temas por los engorros del Departamento de Información, porque esto —todavía no lo he dado a conocer. Creo que sería un error hacerlo, antes de salir para la jungla. Muchos de estos nombres se refieren a cabecillas rebeldes apostados en esta zona. También hay algunos que se fingen amigos, y reciben ayuda nuestra. Todo ese tinglado podría venirse abajo, si el servicio de contraespionaje daba algunos golpes acertados. Por eso hay que mantenerlo en secreto, hasta que todo esté en marcha.

Leib se volvió de lado a ella, quedando frente a una ventana por la que se veía el jardín. Ya no llovía.

—¿Por qué obedecías a tu «representante», siempre que él mandaba suspender la actuación en una ciudad para pasar a otra?

—El señor Strobel me hizo firmar un contrato por un año. Actuase o no, yo cobraba lo mismo. Yo tenía que comprometerme a no alternar con nadie, exceptuando a los que él me presentaría por escrito. El me aseguré que ninguno de esos hombres me molestaría...

—¿Y cómo justificó esas presentaciones?

—Dijo que para que no me sintiera aislada. En todas las ciudades salía con alguno de estos hombres, poco más o menos como Danys, elegantes, correctos...

Lo que ocurrió con Danys, que llegó a embriagarse, fue la primera vea que sucedió.

—¿No se te ha ocurrido pensar que la embriaguez de Danys fue a propósito?

—¡SI! ¡Lo pensé aquella noche!... ¡Por eso huí! Vi que tenía tendencia a alejarme del centro de la ciudad... ¿Qué cree usted que

podían perseguir?

—Sólo puedo decir que había empeño en que no regresaras al club demasiado temprano. ¿Quién te facilitó el puñal del dragón?

—El señor Strobel. Me pidió que lo llevara siempre conmigo.

—Ya viste a Della Star. Parece que ese puñal es frecuente en el corro. —Se volvió rápidamente de cara a ella—: Me dijiste anoche que en todo este tiempo no has hecho más que obedecer.

Shey contrajo el rostro e hizo un gesto de amargura.

—Sí... Y cuando empecé mi carrera de artista, mi sueño era dominar. ¡Qué sarcasmo!

—Ese sueño no debe perderse. Podrás ser el ídolo de las multitudes. Tienes un gran porvenir...

—¡Mi carrera está deshecha! ¡Cuando este negra asunto se airee en la Prensa, y yo aparezca mezclada...!

—Existe un precio para que eso no ocurra.

—¿Cuál?

—Tu colaboración con nosotros. El inspector Denner me ha de acompañar a la expedición. Ven tú con nosotros. No quiero ocultarte que existe cierto peligro. Della Star te escogió por tu parecido... Muchos cabecillas han debido tratar con ella, antes de que quedara desfigurada. Ella te escogió para que la suplantaras en determinados momentos. La prueba es que cuando saliste con Danys, éste se encargó de dejar en muchos clubs la noticia de que era Della Star quien le acompañaba... Y ese juego es el que vamos a utilizar, si tú consientes.

Llamaron a la puerta. Leib abrió. Era la enfermera jefa.

—El inspector Denner quiere hablar con usted, comandante.

—Que pase aquí.

Shey permanecía pensativa. Cuando entró el inspector, lo miró con recelo. Pero Denner le sonrió.

—¡Lástima que no sea de verdad enfermera, y uno, su paciente!...

—Ya me arrepiento de haberlo dicho antes —comentó Leib, riendo—. Sabe a vulgaridad.

—A pesar de eso, repito que valdría la pena ser tocado por la metralla...

—Todo se irá, inspector —le interrumpió Leib.

—¿Qué sabe del comandante Yevich?

—El coronel ha consentido en que se permitiera un par de horas de libertad. Y las ha empleado yendo de un garito a otro... Ha hecho contacto con toda clase de tipos. Algo no marcha del todo bien para el comandante. Cada vez parecía más contrariado.

—¿Se ha acercado alguien a la casa donde mataron a Della Star?

—Nadie.

—¡Si tuviéramos la certeza de que Yevich ignora que Della Star está muerta!... Así podríamos continuar el juego que ella misma empezó.

El inspector se dirigió a la muchacha, con gesto de satisfacción.

—Luego, ¿usted está dispuesta a ayudarnos?

—Estábamos hablando de eso cuando usted ha llegado —dijo Leib—. Tampoco es necesario que lo decidas ahora, Shey. Hasta la noche tienes de tiempo... ¿Nos vamos, inspector?

Denner se dio cuenta de que tenía prisa por sacarlo de allí.

Ya fuera, preguntó:

—¿Qué le pasa? ¿Es que presiente en mí a un rival?

Leib le miró perplejo.

—¿No se ha dado cuenta de que está asustada?

—¡Demonio! ¿Y por qué me ha de temer a mí y a usted no?

—Usted es policía.

—¿Y qué? Si se confiara a mí, lo más que podría ocurrirle es que permaneciera arrestada con toda clase de seguridades, hasta que esto quedara aclarado. Mientras que usted...

—¿Yo, qué? —inquirió Leib, mirándole crispado.

El inspector se echó, a reír.

—¡Nada!... Simplemente le ofrece la jungla. ¿Cree que se lo merece?

Leib permaneció callado unos momentos.

—No... No se lo merece —dijo Leib—. Tendré que renunciar a un juego que posiblemente iba a ser inútil.

Al anoecer Leib volvió al pabellón donde estaba Shey.

—Podrás permanecer aquí con toda clase de seguridades. A mi regreso, puede que ya estés actuando en Occidente.

La muchacha le miró gravemente.

—¿Qué ocurre?... ¿No se fían de mí?

—No es eso. Hay peligro...

Shey se puso a pasear, muy agitada.

—¿Y eso les importa?

—A mí, sí.

—¿Por qué? ¿Le doy lástima?

Leib fue acercándose a ella. La agarró de los hombros y la besó fuertemente en la boca.

Ella retrocedió unos pasos, mirándole fríamente.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Porque creo que no hemos de volver a encontrarnos. Salgo esta misma noche.

Shey se volvió de espaldas.

—Usted me ha dado a entender... que muchas cosas que ha averiguado se las reservará hasta el último momento.

—No hay más remedio si queremos llegar a la raíz de este asunto.

—Esta tarde... cuando usted se ha ido con el inspector... él ha vuelto.

Leib soltó una exclamación de cólera.

—¿Ah, sí? ¿Qué quería?

—Me ha dicho... que lo pensara bien. Que salir con ustedes era muy peligroso.

—¡Naturalmente! ¡El quiere que te quedes para interrogarte y que el tanto se lo pinte su Departamento!

—Eso he creído yo —dijo Shey, volviéndose, mirándole al rostro.

Después de unos momentos en que los dos permanecieron callados, mirándose, Leib preguntó:

—¿Te envío un equipo de marcha?

—Prefiero la jungla... a soportar interrogatorios de la policía.

* * *

Leib, sentado en la cabina del camión, miraba a través del parabrisas la próxima selva que se recortaba fuertemente sobre el fondo gris.

Desde hacía algunas horas la lluvia había, perdido toda su furia. Pero el cielo continuaba cerrado, amenazador.

En algunos sitios la pista se perdía en un ancho lago que empalmaba con la selva situada a ambas orillas del camino.

La caravana de camiones se retorció siguiendo las curvas de la pista, dando la sensación de un monstruoso reptil. Cuando cruzaba una charca parecía despanzurrarse arrojando chorros de agua y barro.

Leib sacó un paquete de cigarrillos y ofreció al conductor.

—¡Gracias, comandante!

No cogió el cigarrillo. Sujetando fuertemente el volante, no apartaba la vista del encharcado camino, temiendo que de un momento a otro fuera a precipitarse en una catarata.

Leib sabía que el conductor se hallaba nervioso. Era tal vez lo mismo que estaba ocurriendo con toda la caravana. En cualquiera de aquellas charcas podía haber una mina colocada por los guerrilleros del Norte.

Estaba también la acechanza en la selva, cuyas orillas alcanzaban a veces la carretera.

Leib encendió el cigarrillo y echó unas cuantas bocanadas de humo, en actitud pensativa. Comprendía el nerviosismo de su gente. Lo peor era que todavía no iban a entrar en acción.

Tendrían que esperar hasta que el tiempo despejase y los aeródromos estuviesen en condiciones.

Era en esa inactividad donde veía el mayor peligro.

Saigón había quedado atrás, con el bullir de aventureros, espías y saboteadores. Tenía la sensación de que había vuelto la espalda a alguien preparado para clavarle un puñal.

Intentó acomodarse mejor en el asiento y, al movimiento que hizo, el fusil que tenía sobre las rodillas resbaló. Lo cogió a tiempo.

Y fue entonces, al tenerlo fuertemente cogido, cuando se quedó mirándolo con aire de quien observa un venenoso reptil.

Sí, aquel arma era un signo de mal agüero. El fusil ametrallador, de tipo novísimo, que ellos debían haber sido los primeros en utilizar y que ya había sido encontrado en poder del enemigo.

Aquello era símbolo de lo que estaba ocurriendo en el Vietnam, en Laos y en Thailandia. Occidente intentaba levantar esclusas para contener la avalancha que se les lanzaba por el Norte. Pero a sus espaldas dejaban los puertos abiertos para toda clase de maniobras de los mismos compatriotas: tráfico de drogas, de armas...

Un formidable estallido le sacó de su ensimismamiento.

—¡Para!...

Antes de que el vehículo se hubiera detenido, Leib ya había saltado a tierra.

Los frenos rugieron y el camión dio unas peligrosas sacudidas. Leib, apenas posar los pies en el suelo, levantó el fusil y miró a la caravana.

En aquellos momentos se producía otro estallido.

En la cola, uno de los camiones empezó a inclinarse a un lado, en medio de una gran humareda.

Chorros de hombres irrumpían del vehículo, algunos con las armas preparadas, aprestándose a la defensa. Otros, heridos, trataban de apartarse del área de peligro.

Uno de los estallidos se había producido en la mitad de la caravana, entre dos camiones, pero sin tocar a ninguno. Precisamente a continuación de uno de esos vehículos iba una ambulancia.

Y fue sobre el coche sanitario sobre lo que Leib concentró su primera atención.

Se había producido la emboscada que el instinto había estado señalándole, desde hacía un rato.

—¡Circulen la orden!... ¡Que se distancien los camiones! ¡Todo el mundo a tierra!...

La caravana fue parándose, con los vehículos muy distanciados.

Antes de que cada vehículo se detuviera, irrumpían soldados que apenas tocar tierra, echaban a correr, por un lado y otro de la pista, metiéndose en la selva.

La caravana llegó un momento en que pareció abandonada.

Y pronto la selva dio el efecto de que se retorció en un formidable incendio.

Otros dos proyectiles de mortero estallaron en la carretera. Uno alcanzó a un camión próximo a la ambulancia. Algunos fragmentos del proyectil arañaron la carrocería del coche sanitario.

Pero esto no lo vio Leib, porque él también se hallaba en la espesura. Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron violentamente y alguien saltó a tierra.

Alguien vestido de soldado, de frágil silueta, y graciosos ademanes pese al nerviosismo que denotaba. A continuación saltó otro que vestía uniforme, pero éste parecía una persona ruda. Era el sargento Loew, que con cara de espanto se puso a gritar:

—¡Vuelva aquí! ¡Es orden del comandante!...

Pero el subalterno de graciosa silueta parecía enloquecido por el terror. En vez de detenerse, corrió con mayor ahínco.

Sus piernas, finas y ágiles, movíanse con sorprendente rapidez a lo largo de la caravana. De pronto cambió de dirección y pareció que fuera a internarse en la jungla, por donde los otros se habían marchado.

Rociadas de balas empezaron a silbar por encima de su cabeza. Y el aturdido soldado empezó a retroceder hacia la carretera.

El sargento corría a su encuentro, braceando:

—¡Por lo que más quiera, échese al suelo!...

Tal como lo aconsejaba tuvo que hacerlo él mismo, porque en aquel momento otra embestida de balas cayó sobre la carretera.

Se advirtieron los picotazos de los proyectiles en las llantas de los vehículos, en la carrocería, en el suelo. Algunas ráfagas formaron un perfecto punteado horizontal.

Había sitios en que por momentos el tiroteo se oía más lejano. El despavorido soldado que por unos instantes había permanecido en cuclillas, se levantó de nuevo, dispuesto a correr.

Alguien surgió entonces de entre los camiones, procedente de la selva y gritó, con voz de mando:

—¡Shey! ¡Quieta ahí!

Pero la muchacha, al reconocer la voz, en lugar de obedecer, pareció acuciada por un miedo más fuerte.

En ese momento las rociadas de balas que llegaban de la selva se inclinaron, hambrientas ante la fácil presa.

Leib echó a correr tras la muchacha. La alcanzó cuando se acababa de introducir en una charca.

Las balas seguían persiguiéndoles. Era como en la noche en que estalló el depósito de armas, en Saigón.

Los dos cayeron sobre la sucia lámina de agua. Durante unos momentos permanecieron inmóviles, escuchando los furiosos silbidos, como si únicamente entonces se dieran cuenta del peligro que corrían.

Leib procuró poner su cabeza junto a la de Shey. El agua casi los cubría.

—¡No es lo convenido!... ¡Quedamos en que no saldrías de la ambulancia!...

El barro, que ensuciaba el rostro de la muchacha, impedía ver su mortal palidez. Permaneció callada, mirando a un lado y a otro.

Leib prestó atención al tiroteo que se oía en la espesura. Advirtió que sus subordinados se hallaban actuando según sus órdenes. Al decidirse a regresar a la carretera ya estaba persuadido de que su plan se llevaría a efecto con toda la energía y cautela que requería la situación.

Una rápida maniobra envolvente estaba obligando al enemigo a internarse en la jungla.

Algunos subordinados empezaron a aparecer, trayendo prisioneros. Otros asomaron cargados con armas capturadas al enemigo.

Los únicos disparos que ahora se oían hacían confluír sus balas en el área donde se encontraban Leib y Shey.

—No sé a quién de los dos le dedican este honor —comentó Leib, en tono jocoso—. Pero, desde luego, esto va para uno de nosotros.

No quiso añadir que quizá iba para los dos. No quería creer que los disparos estuviesen dedicados, tanto a él, como jefe de la expedición, como a Shey, por su condición de mujer, o, lo que todavía era más alarmante, porque sabían quién era y qué juego preparaban.

Si fuera así, demostraría que los enlaces de Saigón habían adivinado la maniobra.

Leib no podía moverse del sitio, para evitar que la muchacha le imitara, sin desarrollar la cautela que el momento exigía. Con gesto de impotencia miró a un lado de la caravana, donde algunos de sus hombres permanecían agrupados, indecisos.

—¡No se han dado, cuenta de que estamos aquí! —rezongó, soltando a continuación una ristra de maldiciones.

Esperó unos momentos. Miró a un lado de la espesura, de donde parecían salir los disparos.

Entonces se dio cuenta de que algunos de sus subordinados, entre los que se encontraba el sargento Loew, avanzaban como reptiles, introduciéndose en la jungla.

Paulatinamente, los disparos iban desapareciendo. Leib tocó en un hombro a la muchacha.

—Prepárate a correr... Nada de tonterías. Tan pronto yo te

avise, encamínate hacia ese lado.

Tampoco esta vez contestó Shey. Seguía con media cara hundida en el barro. Entonces fue cuando se dio cuenta de que un hilillo de sangre le rodeaba el cuello.

—¡Shey!...

En su llamada había tanto de sorpresa como de angustia. Sin cuidarse de los amenazadores silbidos se incorporó a medias e hizo que la muchacha quedara cara arriba.

Shey permanecía con los ojos abiertos, observándole con impresionante fijeza. Pareció que fuera a hablarle, pero enseguida quedó como inconsciente.

Leib se incorporó del todo, la cogió en brazos y echó a correr hacia los camiones. Todavía algunos proyectiles parecieron seguirles.

Consiguió llegar a la parte resguardada de la caravana y detrás de un camión se detuvo. Al instante les rodearon varios soldados.

El sombrero de tela que momentos antes llevaba la muchacha, se había caído y colgaba, lacia, su cabellera negra.

Leib advirtió enseguida la sensación que producía el descubrir que en el grupo iba una mujer. Era una muda exclamación que se reflejaba en todos los rostros, en los ojos de cuantos la estaban mirando.

—¡La cosa ha terminado, comandante! —dijo el sargento Loew, rompiendo el silencio en que todos permanecían—. Nos hemos hecho con tres morteros y algunos fusiles...

Leib no dijo nada. Los soldados de Sanidad se acercaban con utensilios de cura.

Leib, sin levantar la mirada, dio orden a su gente para que se preparara a reanudar la marcha. El sargento, temiendo una repulsa del superior, se alejó con el pretexto de reorganizar la caravana.

Los enfermeros, Leib y la muchacha, permanecieron unos momentos solos. Shey tenía una rozadura de bala en el occipucio y otra en un hombro.

Leib la sostuvo, en tanto la vendaban. El aspecto que Leib y la muchacha ofrecían, mojados y llenos de barro, resultaba bastante extraño.

Ya de pie los dos, quedaron mirándose. Y la muchacha rompió a reír. Pero el dolor de las heridas le llenó los ojos de lágrimas.

—¡He pasado mucho miedo!...

—Todos hemos pasado el nuestro —contestó Leib.

En medio del mayor silencio, los dos marcharon junto a una fila de soldados. ¿Alguien la habría reconocido como lo que era, como la artista que actuó en el club de Cha Ling?

Al llegar a la ambulancia que la muchacha había abandonado, Leib dijo:

—Ahora te traerán ropa seca. Pero tendrás que apañártelas con la medida que te den.

Unos minutos más tarde, Leib, con ropa seca también, se acercó a la ambulancia, cuyas puertas permanecían entornadas.

—Te estoy esperando.

—¿No he de seguir aquí?

—No. En la cabeza de la caravana hay otra ambulancia.

—Lo prefiero.

Apareció dentro de un uniforme que la engullía. Leib soltó una carcajada.

El mismo se extrañó de esta risa. Porque lo que menos sentía en aquel momento era alegría. Estaba irritado por el tropiezo, y por la falta de control que el sargento había tenido sobre ella.

—¡Todo se ha ido al traste! —dijo Leib, cuando se dirigían a la cabeza del convoy.

Al llegar a la otra ambulancia, alguien que estaba dentro abrió una puerta.

—La verdad es que... a nadie podría engañar, comandante —comentó el inspector Denner, después de mirar a la joven—. Ni Della Star iba a parecer tan niña, ni creo que sería capaz de correr estos riesgos.

—Ya no me importa engañar a nadie —contestó Leib—. Creo que es bastante con lo que nos espera selva adentro.

La ayudó a subir. Una vez la muchacha se hubo acomodado en el interior de la ambulancia, Leib llamó a unos soldados que iban cargados con un mortero cocido al enemigo.

—Dejadlo ahí dentro.

A otro le pidió un fusil, también dejado por el enemigo. Apenas hicieron lo que había ordenado, Leib saltó al interior de la ambulancia.

En el momento de cerrar la puerta dio la voz de marcha. La

ambulancia empezó a deslizarse...

CAPÍTULO V

Leib esperó a que el inspector examinara las armas.

—El fusil ya lo vio usted en Saigón. Pero a mí me quedaban las dudas de que el enemigo los hubiese conseguido por el conducto que yo me temo. Por eso me reservé cierta información.

Del tubo del lápiz extrajo una hoja de papel delgadísimo perfectamente enrollada a un extremo de la barra de carmín.

Después de examinarla, el inspector estuvo unos instantes sin saber si expresar alegría o cólera.

—¿Cómo consiguió esto?

Leib le dio la misma explicación a Shey.

—¿Y para qué se lo guardaba? —Ahora ya era agresividad lo que había en el inspector.

—Para comprobar si las armas estaban en la selva. Un fusil en Saigón no significaba mucho, al menos para los que tenemos que entendérnoslas con la jungla y sus alimañas. Si yo le hubiera dado esto, ustedes no hubieran tardado mucho en enseñar la oreja, y el enemigo hubiera tenido tiempo de camuflarse.

Durante unos instantes el inspector no hizo más que alentar con fuerza, mientras sus ojos relampagueaban de cólera.

—¡Se pasa usted de la raya, comandante, con su rencor hacia el comandante Yevich! ¡Es una obsesión la que usted tiene por él!...

—No lo niego —contestó Leib, con tranquilidad.

—¡No olvida la trifulca de Seúl!...

—Tal vez.

El inspector advirtió un matiz de sorna, y esto acabó por sacarlo de quicio.

—¡Se está jugando usted la carrera!...

Leib soltó una carcajada.

—Hace unos minutos me iba la cabeza. —Se volvió a mirar a la muchacha, que permanecía en un ángulo de la ambulancia—. ¿Qué opinas de las preocupaciones del inspector?

Ella no contestó. Empezaba a sentir el desmadejamiento que sigue a toda acción intensa, e iba sumiéndose en un amodorramiento contra el que no podía ni quería luchar.

—¡No pida la opinión de quien ha sido su cómplice!... ¡En mala hora pasé por alto que ella era tan culpable como lo pueda ser Della Star!...

La muchacha volvió a permanecer callada. Parecía que nada de lo que se decía le importaba.

—Inspector: estamos en plena selva —señaló Leib.

—¿Y qué?

—Aquí no rigen las normas que en la ciudad. Es más: estamos encerrados en un coche que, en tanto yo no de la orden, no se detendrá...

—¿Qué quiere decir?

—Que en Saigón creí sorprender en su mirada el deseo de golpearme.

—¡Y no se equivoca!

—También yo lo deseo. Sé que molestará a esta muchacha, por aquello de fastidiarme a mí...

—¿Eso lo dice en serio?

Quedaron mirándose. Leib sonrió.

—No... Pero le veo demasiado apegado a los formulismos, y eso es lo que me pone los nervios de punta.

—¿Usted se altera? —De pronto el inspector rompió a reír—. ¡Qué descaro!

Durante unos instantes no hizo más que reír. En su risa había ira, pero fue como una reconfortante ducha. De pronto pareció calmado.

—Ya está hecho, y lo único que me queda por decir es que más vale tarde que nunca. Gracias, comandante, por haber tenido la gentileza de facilitarme esta información.

—Va en serio, inspector. Yo no podía hacer otra cosa si quería que los culpables que a mí me importa desenmascarar, no escaparan como tantas otras veces. Me estoy refiriendo al comandante Yevich. Usted ha dicho que constituye mi obsesión, y es verdad. Es mi

obsesión desde que vi con qué despreocupación acogió la noticia de que había sido degradado un compañero de armas, al que se le había sorprendido en tráfico de drogas. Fue cuando prestábamos servicio en Corea. Yo sabía que aquel muchacho se metió en aquel asunto porque Yevich le acosó para que le liquidara una deuda de juego...

Leib hizo una pausa. Dio un cigarrillo a Shey, pero ella rehusó tomarlo. Encendieron los dos hombres.

—El juego ha sido siempre la tapadera de Yevich. Él gasta tres veces más de lo que le permite la paga... Nadie se ha preocupado nunca en averiguar si es cierto que el juego le es tan favorable como él asegura. Pero yo sí me he preocupado en averiguarlo.

—¿Y qué resultado...?

—Yo ya sabía que era un pésimo jugador. Por lo menos lo ha sido cuando ha jugado conmigo. Pero es que con otros... Siempre que hemos coincidido en algún permiso, he procurado llevarlo a cualquier garito donde yo tenía observadores. Perdía. Y horas más tarde, cuando ya nos habíamos separado, volvía por la revancha. Y de nuevo perdía. Desde que le observo, nunca la suerte se le ha puesto de cara. No obstante, nunca le falta dinero.

—¿Por qué no dijo eso en Saigón? —preguntó el inspector, después de un silencio.

—Cualquier imprudencia por parte de ustedes lo hubiera puesto en guardia...

—¡No volvamos otra vez a lo de antes! ¿Por qué nos tiene esa manía?

—No les tengo manía. Es que entiendo los problemas desde otro ángulo que ustedes. No es lo mismo un despacho que un rincón de la selva.

—¿Sabe que muchos de nosotros nos pudrimos en la jungla?

—Claro que lo sé. Yo no pongo en duda el valor de ustedes. Ni la eficacia de sus servicios... para la causa general. Pero yo tengo la tendencia y la obligación de mirar por los que de mí dependen. Ahora mismo, para mí no existe Saigón, ni el coronel Watson, ni el Estado Mayor. Para mí solamente cuentan todos los seres que van en esta caravana. Todos en el mismo grado, esta muchacha, usted, hasta el último soldado. ¿Entiende? Y por eso mismo, apunto contra el comandante Yevich y contra alguien más que manda un bloqueo

en la selva. A esos dos es a quienes pretendo desenmascarar.

—¡El blocao

«5-Q»,

comandado por el coronel Hamner! Algo de eso me dio a entender el coronel Watson. ¿Usted sabe a lo que se expone, si fuera un error?

—¡Ojalá lo fuera! Yo sería el primero en acusarme... ¡Ojalá, inspector!

El tono con que lo dijo no podía ser más amargo y sincero. Siguió un prolongado silencio.

—Siga exponiéndome sus preocupaciones, Leib —dijo el inspector, apeando todo tratamiento, en tono persuasivo.

—Cuando sospeché de los dos me di cuenta enseguida de que no podía atacarlos de frente. Cualquier imprudencia los pondría en guardia. Yevich tiene acceso al Estado Mayor e interviene en el planeamiento de las operaciones. En cuanto al coronel Hamner, está considerado como un gran soldado. Lo es, sin duda... Pero algo falla en su blocao. Algo que él tiene el deber de remediar. Y si no lo hace... Yo, desde luego, pienso darle una última oportunidad. ¡Ojalá la aproveche!...

—¿Piensa usted proseguir el plan que expuso al coronel Watson?

—Sólo en lo que respecta a mí y a mis hombres. Usted y Shey se separarán de nosotros tan pronto lleguemos a un aeródromo.

—El coronel me dijo que usted le preparaba algunas trampas al enemigo, en las que tenía que intervenir esta señorita.

—Ya no tienen objeto. ¿No le dice nada lo que acaba de ocurrirnos? Creo que disparaban más contra Shey que contra mí. Creo que el enemigo conoce la estratagema. Por si no bastaba, todo mi batallón se ha dado cuenta de que con nosotros viene una mujer.

—¿Y qué importa?

—Para lo que yo pretendía, mucho. Mi plan era dejarla secretamente en el próximo poblado.

El inspector le miró atónito.

—¿Sola?

—Con el sargento Loew. Yo hubiera vuelto al caer la noche. De obrar ella con serenidad, no saliéndose de las instrucciones que yo le hubiera dado, nada le hubiera ocurrido.

Shey había ido recobrándose. Y terminó por sentarse al lado de

Leib.

—¿Qué misión hubiera sido la mía?

—Dar noticias a ciertos cabecillas... Noticias «rigurosamente ciertas». Con eso te hubieras ganado su confianza, para la jugada definitiva.

Quedó un silencio. El inspector miraba a la muchacha y sonreía. Ella se dio cuenta y también sonrió. Los dos pensaban que Leib la estaba incitando a que tomara parte en su plan.

—Si cree que todavía puede realizarse... —murmuró la muchacha.

—¡Naturalmente que no! —contestó Leib. Y fijándose en la sonrisa del inspector, preguntó—: ¿Qué le pasa? He dicho que ustedes se van a separar de mi batallón, y ya verán cómo es cierto.

Leib hizo detener la ambulancia, saltó a tierra y pasó a la cabina del camión que iba detrás.

El convoy no volvió a detenerse hasta el atardecer, en las inmediaciones de un poblado situado a orillas de un ancho río. Era un paraje rocoso y, en la orilla contraria a la que ocupaba el caserío, se veía un elevado monte, en mitad del cual, casi colgando sobre el abismo, había un monasterio.

Cuando las patrullas regresaron de su visita al pueblo trajeron la noticia de que aquello estaba poco menos que deshabitado.

—No hemos encontrado más que a unos viejos y a dos o tres niños.

—De acuerdo —dijo Leib.

Y cuando hubieronse alejado los que acababan de llegar del poblado, le dijo al inspector:

—Han comunicado la verdad de lo que han visto... Pero intencionadamente he mandado soldados poco experimentados. Los veteranos no se hubieran dejado engañar tan fácilmente.

They se encontraba al lado del inspector. Los dos se quedaron mirándole, extrañados.

—¿Cree Usted que ha habido engaño? —preguntó Denner.

—Cualquier veterano sabe que esa aldea, y el monasterio, y todos los poblados que vamos a encontrarnos en la ruta, están cruzados de subterráneos. Los campesinos que salgan a nuestro paso con bandera blanca, serán personas pacíficas o belicosos guerrilleros, prontos a hacer estallar nuestro convoy.

—¡Pero habrá algún indicio que revele...!

—No. Los experimentados saben que es imposible distinguir a unos de otros. Avanzar por entre esa gente es peor que hacerlo por entre la jungla. Ahora no hay nadie en ese pueblo, pero tal vez a la noche, si ven una posibilidad de éxito, surjan de mil madrigueras dispuestos a eliminarnos... Y para contrarrestar eso, ¿sabe qué procedimiento empleamos? —preguntó, en tono sardónico.

El inspector y Shey permanecían pendientes de sus palabras. Los dos guardaron silencio.

—Tan pronto anochece —siguió Leib, cada vez más furioso— suspendemos toda actividad. Al día siguiente reanudamos la marcha. ¡Todo a la luz del día, a bombo y platillos!

Soltó una risa fuerte, violenta. Shey y el inspector seguían callados.

Un poco lejos los camiones maniobraban para colocarse en posición adecuada dentro del área designada para acampar. El día se estaba retirando a toda marcha.

Leib se separó de la pareja y estuvo unos momentos hablando con su subordinado. El inspector y la muchacha se pusieron a hablar.

El inspector fue en busca de Leib.

—Comandante...

—¿Qué ocurre?

—Nada... Quería decirle... ¿Acaso este poblado se encuentra entre los que usted tenía elegidos para la actuación de esa muchacha?

Leib señaló al monasterio, ya casi invisible en el telón de fondo que formaba el monte.

—Allí... Es uno de los sitios preferidos por tal Pu, el cabecilla más destacado de esta zona. Si usted envía a ese monasterio a un ejército, no encontrará a nadie.

—¿Y qué misión tenía que desarrollar esa muchacha?

—«Esa muchacha», no: Della Star... La misma misión que ha desarrollado en otros puntos: facilitar información militar; convenir partidas de armamento, el asalto a convoyes...

—¿No hubiera sido demasiado problemático engañar a ese cabecilla?

—La acompañaría un nativo, que serviría de intérprete. Tengo

en mi batallón a muchachos que hubieran interpretado ese papel con toda perfección.

—Así y todo..., hubiera existido riesgo.

—Pero ¿qué le pasa a usted ahora? ¿Cuándo he dicho yo que íbamos de fiesta? —replicó Leib, riendo.

—Ya lo sé... Pero es que tengo mis dudas de que hubiera surtido efecto esa suplantación.

—Tai Fu, como otros cabecillas, apenas ha visto a Della Star un par de veces. O quizá ni siquiera se han acercado a ella una sola vez... Además, todo cuanto ella hubiera dicho a tal Pu, yo habría procurado que fuera cierto.

Tras un silencio, dijo el inspector:

—¡Inténtelo! Esa muchacha está dispuesta a obedecerle ciegamente.

Leib volvió a reír.

—¿Lo dice en serio?... Ya es tarde para ello. Vuelva a los camiones... Voy a inspeccionar la guardia.

Leib, sin esperar más, se alejó a grandes pasos. Pronto la oscuridad lo borró.

* * *

Con el pretexto de repostar, se acercaron a la costa. Allí estaba aguardando un helicóptero.

—Se van ustedes —dijo Leib, dirigiéndose al inspector y a Shey.

La muchacha pareció haber recibido un golpe en la nuca. Se quedó mirando a Leib, como aturdida.

—¿De veras... estorbo aquí?

El inspector se alejó de la pareja.

—Ya está todo concertado para que te protejan hasta que te encuentres en los Estados Unidos. Porque confío es que es allí donde irás, y no a Italia...

Ella no contestó. Leib se puso a sonreír.

—No es que yo tenga nada contra tu patria de origen —agregó, medio en broma—. Todo lo contrario... Pero si vas a los Estados Unidos, mantendré la ilusión de que algún día podré verte de nuevo.

Los ojos de Shey estaban por momentos más brillantes. Se volvió

bruscamente y dijo:

—¡Le deseo suerte!

—Gracias.

A partir de aquel momento, Leib pareció entregarse a la misión que le habían encomendado con más tenacidad que antes. La columna móvil confiada a su mando volvió a introducirse en la selva.

Transcurrieron los días. Una mañana, uno de los radiogramas cifrados que a horas concertadas le transmitía el mando, decía:

«El coronel Watson al comandante Rodner: Siga por la carretera “MZ-4”. A partir de las quince horas, procure hallarse a la altura del punto “2-L-6”...».

La carretera designada por el coronel cruzaba una de las zonas más infestadas de guerrilleros.

La columna mandada por Leib ya hacía días que estaba poniendo en práctica la operación largo tiempo preparada por el Mando. Pero no se llevaba la táctica que Leib sugirió.

Apuntaban a una región arrocerá. Tenían que ocupar sus accesos, sirviendo de cebo para que todos los núcleos rebeldes de la zona se concentrasen sobre la columna. Para entonces, fuerzas llegadas por mar atacarían varias posiciones de la costa que los rebeldes, según los cálculos del servicio de información, debían tener en aquellos momentos casi desguarnecidas.

El punto

«2-L-6»,

en el que la columna debía hallarse a partir de las quince horas, correspondía a un estrecho valle fronterizo con Laos.

Leib no sabía qué pensar de aquella orden. ¿Habían cambiado los planes? Las lluvias habían cesado y existían pruebas evidentes de que los rebeldes estaban ultimando los preparativos para una gran ofensiva de otoño.

Desde que la muchacha y el inspector se separaron de la columna, las fuerzas de Leib habían tenido algunas refriegas con el enemigo, pero de poca importancia.

Esa quietud casi completa era lo que más intranquilizaba a la columna. Cada vez más perdidos en la zona enemiga, corrían el riesgo de caer en una emboscada, cuando el combustible estuviese agotado.

—Quizá nos citan ahí para suministrarnos combustible por vía aérea —opinó el sargento Loew, después de observar sobre el mapa el punto señalado por la orden.

—Puede ser —contestó Leib, por no desanimarle.

A las tres y minutos de la tarde, la columna se encontraba en torno al valle

«2-L-6».

No tuvieron que esperar mucho.

Pronto en el espacio empezó a concretarse fragor de motores. Al poco fue perfilándose la silueta de libélula de un helicóptero, una silueta cada vez más monstruosa.

El helicóptero empezó de pronto a descolgarse. Todavía no había conseguido posarse en el suelo, cuando todo un círculo de soldados surgió de las rocas que bordeaban el valle. Fueron avanzando con lentitud, dejando cada vez más cerrado el círculo.

Las aspas del aparato quedaron inmóviles. Se abrió una portezuela. En ese momento, uno de los que formaban el cerco avanzó, solo.

Del aparato descendió un oficial, de mediana estatura. Se quedó mirando al que había destacado del círculo, se puso firmes y saludó.

Leib, que era el que avanzaba hacia el que se había apeado, le correspondió. Luego, rompiendo ambos a reír, extendieron los brazos y cuando se encontraron juntos, se abrazaron.

—¿Cómo demonios estás aquí, Zucker? ¡Tenía entendido que te habían repatriado, hace lo menos seis meses!...

—Sí. Conseguí el traslado a una base muy cercana a casa... Pero luego... sentí deseos de volver.

Algo más parecía querer decir a su amigo Leib, pero no podía hacerlo ante tantos testigos.

—Lo que importa ahora es que me encuentre aquí para quitarte una espina —agregó el aviador. Y mirando al interior del aparato—: Baje, capitán.

Del aparato descendió un oficial muy joven que llevaba bajo un brazo una cartera de cuero.

—Te presento al capitán Raskin —dijo el aviador, siempre en tono ligero—. Muy capaz. Le falta tu conocimiento de la jungla, pero ahora va a aprender.

Volvió a soltar la risa y cogiendo la cartera que tenía el joven

oficial, la abrió y sacó unos papeles, que enseguida entregó a Leib.

Era una orden relevándole del mando de la columna. Leib palideció.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Zucker—. Creí que te traía una buena noticia.

Leib no contestó. La orden se refería a él y al sargento Loew. A los dos los arrancaban de aquel grupo de hombres que iban a sentirse poco menos que abandonados, precisamente en la zona más peligrosa.

La orden no dejaba ver nada. Solamente que Leib y el sargento debían trasladarse inmediatamente a una base aérea.

Durante los instantes que Leib permaneció callado, con las mandíbulas apretadas para no prorrumpir en exclamaciones de cólera, mentalmente no hizo más que maldecirse por haber dejado que el inspector y la muchacha se separaran de la columna.

Comprendía ahora que su rasgo había sido algo peor que una estupidez: una traición a sus subordinados. El se debía a sus hombres. Había alardeado de que solamente contaba la suerte que pudieran correr todos los que se confiaban a su dirección. ¡Y había cometido la pifia de dejar que el inspector Denner volviera a su Departamento!...

—¡Sé de dónde parte el tiro! —rechinó, mirando al aviador.

Zucker y el joven oficial se habían dado cuenta de que la gente de Leib se estaba desfondando.

Momentos después, mientras Leib estaba recogiendo su equipo, el oficial aviador se le acercó.

—¡Por favor, Leib!... ¡Anima a tus muchachos!

—¿Y qué puedo hacer? ¿Unas cuantas piruetas? —replicó Leib, conteniendo a duras penas su cólera.

—Podías decirles... que pronto volveréis a estar juntos...

—¡En el infierno!

El aviador le cogió de un brazo y le obligó a que se separara de los otros.

—Es solamente para unas diligencias... No me obligues a decirte más... ¡Anima a tu gente, hazme caso! El capitán Raskin es muy valiente, pero el hacerse cargo de tu columna lo apabulla. Ponte en su lugar, teniendo que mandar a unos hombres desmoralizados.

—Está bien. Les mentiré —dijo Leib.

Los ojos del aviador brillaron, burlones. De nuevo retuvo sus impulsos de decirle algo que prometió callar.

Después de soltar una vez más su simpática risa, insistió:

—Inventa lo que quieras, pero sácalos de ese aplanamiento...

Leib les dejó entrever que su partida obedecía a que iba a recoger nuevas instrucciones, para una operación combinada que se estaba preparando.

Terminó pronto, porque sentía que la piadosa mentira iba a estallar en gritos de rebelión. Con la mano hizo un saludo a todos y apresuradamente se dirigió al aparato, cuyo motor ya evolucionaba.

Fue entonces cuando Leib vio que dentro de la aeronave había otro hombre.

—Durante el vuelo, espero que se hagan amigos —dijo Zucker.

Apenas el aparato despegó, el desconocido pasajero dijo:

—Me llamo Neustein. Pertenezco al mismo Departamento que el inspector Denner... Más que nunca, comandante, necesitamos su valiosa colaboración.

No cesó de hablar hasta que llegaron al aeródromo.

CAPÍTULO VI

En la base aérea le esperaba el coronel Watson. Durante un buen rato, en un despacho aislado de los pabellones, estuvieron hablando de cosas ajenas al servicio.

Leib se había revestido de una gran cachaza y siguió la conversación por los derroteros que marcó el superior.

Fue el coronel Watson quien primero rompió el fuego:

—¡Demonio, Leib, no me saque de quicio!

—¿Yo, señor?

—¡Usted!... ¿Para qué cree que lo he llamado?

—Para cuestiones del servicio.

—Pero ¿no me pregunta... qué hemos hecho estos días?

—Me ha acompañado un agente de la CIA. Me ha informado algo de lo que ha ocurrido en Saigón.

—¿Le ha hablado de la muchacha? —preguntó alarmado.

—¿Qué muchacha?

Era verdad que el agente nada le había dicho de Shey. A la pregunta de Leib, el coronel le miró desconcertado.

—¿Será posible... que se haya olvidado de esa criatura?

—¿Se refiere a Shey? No la he olvidado. Pero no he creído procedente preguntarle por ella... cuando todavía no hemos hablado de lo que ha motivado mi desplazamiento.

Leib se había dado cuenta de que aquella conversación no tenía más objeto que ganar tiempo. Esto lo vio confirmado cuando llamaron en la puerta.

—¡Pase! —Autorizó el coronel.

Hacía unos instantes que un «jeep» se había detenido frente al pabellón donde se desarrollaba la entrevista.

Apareció el inspector Denner. Antes de que tuviera tiempo de

saludar, el coronel preguntó:

—¿Está seguro de que no le han visto?

—Por lo menos, lo he procurado —contestó Denner.

Y sonriendo tendió una mano a Leib. Sin decir nada ninguno de los dos, se la estrecharon.

En seguida el coronel extendió sobre la mesa un mapa.

—Acérquense.

Leib se colocó a un lado del coronel. El inspector, al otro.

El coronel se puso a seguir con un dedo la línea que representaba la pista

«MZ-4».

—A estas horas la expedición debe encontrarse en este punto.

—¿Mi batallón?... —preguntó Leib, sorprendido—. ¡Buen postre a mis muchachos! Ellos ya tenían el convencimiento de que esa pista no la tocaríamos...

—Aparentemente la operación «Rubí» continúa según los planes anunciados —contestó el coronel, no pareciendo haber oído el comentario de Leib.

Se separó del mapa y se puso a pasear.

—Pero tan pronto oscurezca... —continuó, con el mismo tono de antes, como si nada extraordinario anunciara—. Tan pronto oscurezca, se producirá un viraje, en la ruta y en la táctica. Se le va a hacer caso, Leib.

Se calló. Leib fue volviéndose hasta quedar de cara al superior.

—¿En qué se me va a hacer caso?

—De momento, en que la caída de la noche no signifique un cese en la actividad de sus hombres. Usted ha estado propugnando por que nos apropiáramos la táctica de los guerrilleros.

—En determinadas situaciones, sí.

—Bien. ¿Cree que ahora es una de esas ocasiones?... El oficial que se ha hecho cargo de su batallón, ya lleva instrucciones. Planee usted una operación y él le secundará.

El rostro de Leib fue reflejando la más intensa alegría. El coronel y el inspector hacían como que no lo miraban. Pero a hurtadillas se comunicaban con los ojos la satisfacción que les producía la reacción de Leib.

—¿De qué fuerza aérea puedo disponer? —preguntó Leib, después de unos mementos de total silencio.

—De la que usted precise —contestó el coronel.

—Mi plan sería realizar dos operaciones simultáneas.

—¿Con qué objeto?

—Una, con el de destruir el polvorín que el enemigo tiene en la estribación de esta cordillera —contestó Leib, ya inclinado sobre el mapa.

Su dedo fue cruzando una gruesa línea.

—¿Cómo lo conseguiría?

—Mi columna serviría de cebo para distraer fuerzas.

El coronel asintió primero con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo. ¿Y qué objetivo tenía que lograr la segunda fuerza?

—Reforzar los blocaos del sector suroeste.

Su dedo índice se puso sin vacilar sobre un punto del mapa, dando la sensación de que traspasaba el papel, como si en vez de un dedo fuese un puñal.

Eso le pareció al inspector, y lo dijo:

—Parece empuñar un cuchillo...

Leib retiró la mano. Y enseguida apareció de nuevo, sujetando el puñal que le quitó a Dany.

—¡Lo empuño ahora! —Y lo clavó en el sitio que antes señaló con el dedo.

Durante unos instantes el arma estuvo temblando, despidiendo lágrimas de luz por la pedrería que dibujaba un dragón.

—El blocao

«5-Q»

—dijo el coronel, impasible—. Allí le espera el coronel Hamner.

Leib levantó el rostro y se quedó mirando a los dos.

—Sí. Allí me espera... El blocao

«5-Q»

va a ser la piedra de toque. Allí quedarán desenmascarados dos altos jefes... o allí me hundiré yo.

Se separó de la mesa y, pensativo, fue a situarse a un extremo del despacho, de espaldas a los dos.

—¿Se sabe que Della Star ha muerto?

—De saberse, será por lo que hayan dicho los que intervinieron en su muerte —contestó el inspector—. Por lo que a nosotros se refiere, hemos procurado, mantenerlo en el mayor secreto.

—¡Leib! —exclamó el coronel, dando a la conversación un aire más íntimo—. ¿Cómo se explica que esa mujer tuviera que recurrir a una muchacha como Shey para entregar a sus enlaces noticias de sus «negocios»? ¡En un tubo de labios!...

—Y en la etiqueta de un frasco de perfume —agregó el inspector—. Examinamos detenidamente todos los objetos pertenecientes a Shey. Era como si se pretendiese que esa muchacha se hundiera...

—¡Exacto! —exclamó Leib—. Conozco de qué manera atacaba Della Star, cuando se proponía hincarle el colmillo a alguien. La cicatriz que la afeaba; su figura, ya pesada... Sé la obsesión que tenía por conservar la línea. El que ella descuidara su dieta significa que ya había renunciado a seguir siendo lo que en otro tiempo fue.

El coronel y el inspector le miraban como desconcertados.

—¿Quiere decir... que la vista de esa bella muchacha le resultaba insoportable? —preguntó el coronel.

—No —contestó Leib, como abstraído—. De Della Star se podía esperar algo más retorcido. Ella ha querido vengarse de alguien. De mí, del comandante Yevich...

—¿Y la muchacha tenía que servir de señuelo? —siguió preguntando el coronel.

—Estoy de acuerdo con Leib —declaró el inspector, con súbita convicción—. Shey me dijo que su «representante» artístico le había hablado del comandante Yevich como de uno de los que ella tendría que tratar con mucha consideración, pero sin permitirle nunca que se propasara. Esto que decía el tal Strobel, el representante artístico, serviría para que Yevich se sintiera más atraído...

—¿Cómo no han detenido todavía a ese individuo?

—¿A Strobel? No es tan sencillo. El individuo desapareció, apenas dejar en Saigón a Shey. Pero tenemos la impresión de que se encuentra camino de nuestro país. Todo está dispuesto para hacerle un buen recibimiento...

Siguió un silencio. El coronel era el que todavía no parecía convencido de que las conjeturas de Leib tuvieran una base.

—Bien, amigos: vamos a suponer que esa muchacha y el comandante Yevich se hubieran conocido... Vamos a imaginarlos yendo por los clubs, como hizo el sujeto ése... ¿Danys?

—Sí —contestó el inspector.

—Bien. Ya tenemos a la muchacha y al comandante yendo de un

lado para otro. Supongo que ustedes no pretenderán que Yevich cayera en el engaño...

—¿Qué engaño? —preguntó Leib.

—Que no se diera cuenta que Shey no era Della Star.

—¡Naturalmente que no!... Ni Della Star pretendería eso. Pero para los demás, podía ser Della Star la que cayera junto al comandante Yevich...

—¿Matar a los dos? —preguntó el coronel, horrorizado.

—Yo no lo dudo: matar a los dos. Y que pensarán que la muchacha era Della Star llenaría su vanidad de demonio. Para entonces quedaría al descubierto el archivo de enlaces y cabecillas metidos en el tráfico. El deshonor sobre el nombre del comandante Yevich. Y para la memoria de Della Star, la impresión de que había muerto una mujer muy hermosa. Un digno final para su demoníaca mente.

—¡Cielo santo! —exclamó el coronel—. ¿Y qué piensa que hubiera hecho ella?

—¿Della Star? Procurar borrarse la cicatriz y retirarse a cualquier rincón, a recordar su apoteósica retirada.

Después de un prolongado silencio, el coronel miró a Denner:

—¿Qué opina, inspector?

—Ha de ser una cosa así. Y la maniobra debió ser descubierta por los mismos compinches. Entonces Ju Hkio acudió a la habitación de Shey, para hacerse con las listas de nombres..., tal vez para venderlas al mejor postor. La ventaja que tenemos sobre esta clase de organizaciones es que muchos de ellos sienten una irrefrenable inclinación al doble juego...

El coronel se había dejado caer en un asiento, abrumado.

—Si eso fuera cierto, yo resultaría que he pasado por este mundo entretenido en juegos de manos, sin darme cuenta de que estaba rodeado de serpientes —comentó con aire divertido—. He de confesar que en algún momento he llegado a envidiar su apostura, Leib. Y la del comandante Yevich... Pero ¡demonio!, si tan caro me ponen el tener tipo...

Se echó a reír, para disipar aquel aire sombrío que había adquirido la entrevista.

—Bueno, a lo que importa —dijo, levantándose—. El plan que usted me detalló por escrito ha sido discutido por nosotros y se

acepta en todos sus términos. Incluso... el que se refiere a la muchacha.

—¡No! Shey no tiene por qué correr ningún riesgo —replicó Leib, con energía.

—Pero la muchacha está deseando colaborar —siguió el coronel—. Sabe ya lo que es el silbido de las balas. Más aún: ha sentido su roce... Asegura que no volverá a sentir miedo. De modo que su plan sobre el blocao

«5-Q»

debe desarrollarse en todas sus partes.

—¿Dónde está Shey? —preguntó Leib, dirigiéndose al inspector.

—Aquí, en este aeródromo. En la nave que tiene que transportarnos a usted y a mí.

—¿Ella sabe que tendrá que lanzarse al espacio?

—Sí. Ha sido sometida a entrenamiento, y ha respondido muy bien.

Leib miró al coronel.

—El comandante Yevich tiene que tomar parte en la operación, pero debe ignorar la presencia de Shey.

—Ya está todo dispuesto. El despegará de otro aeródromo. Ustedes se reunirán en vuelo...

* * *

Se vieron en la aeronave. Shey, embutida en el uniforme de parachutista, tenía una figura más aniñada que nunca, el bello óvalo del rostro casi perdido en el casco que le apresaba la cabeza y los lados de la cara.

Sus ojos castaños tenían un brillo de entusiasmo. Miró a Leib sonriendo y de pronto rompió a reír.

—¡Intente echarme ahora porque luego no tendrá tiempo! —dijo, en el momento en que la aeronave empezaba a deslizarse.

Leib le puso una mano sobre el hombro que recibió la mordedura de bala.

—¿Totalmente restablecida?

Shey movió la cabeza, asintiendo.

—Puedes ser nuestra mascota —agregó Leib—. El batallón creo que te echa de menos.

El inspector Denner y el sargento Loew habían subido al aparato antes que Leib y se encontraban en otro departamento.

—Si salimos bien de esto..., me he de procurar un largo permiso por gusto de verte actuar en Broadway.

La muchacha perdió la expresión risueña.

—Eso queda muy lejos ahora —dijo.

A aquella misma hora, Yevich se unía con su escuadrilla a una gran formación de aviones de transporte. La unión se efectuó en vuelo.

Bastó una llamada del jefe de la expedición:

«Comandante Rodner al jefe de escuadrilla Yevich: Unase a nuestra formación. Proteja nuestro flanco izquierdo...».

Yevich obedeció. Apenas se hubo situado junto a la gran masa de aviones de transporte, cuando captó otra llamada.

Yevich estaba desconcertado. La presencia de Rodner en la formación era algo que no se explicaba. Ni por un momento lo había podido imaginar lejos de su batallón, y Yevich estaba seguro de que los hombres de Leib se encontraban rastreando en la jungla.

La segunda llamada ya tenía un aire familiar. Procedía también de Leib. Fue muy breve. Parecía que sólo quería saludarle.

«... La operación “Rubí” va a entrar en acción tal como estaba convenida, Yevich. Algunos pequeños detalles se han alterado, pero lo esencial sigue en pie, en estrecha colaboración la infantería y la fuerza aérea. ¡Deséame suerte! ¡Hasta pronto, Yevich!...».

Al momento se dio la consigna a todos los aviones: «¡Preparados para lanzarse!».

En unos segundos el espacio se llenó de rosas blancas. Poco a poco la región montañosa fue quedando punteada de pompas de jabón que, al poco de tocar el suelo, parecían estallar y desaparecer.

Los vientres de los aviones iban quedando vacíos. Entonces el rulo aéreo, tras pasar una vez más sobre la zona sembrada, enfiló un punto del horizonte.

Dos aviones se quedaron rezagados. En uno de ellos iba Leib. La muchacha, que había estado presenciando el lanzamiento de los paracutistas, miraba al inspector y al sargento, preguntándoles con la mirada por qué ellos no se lanzaban también.

Leib estaba en la cabina de mando. El inspector se acercó a la

muchacha.

—Nosotros tenemos que lanzarnos en la zona donde está el batallón de Leib. Importa que el comandante Yevich lo crea entre los soldados que acaban de aterrizar. Es un sector muy alejado del blocao

«5-Q»...

Terminando de decirlo, apareció Leib.

—¡Preparados!

El sargento Loew miró a la muchacha, hizo un cómico visaje, para quitar tensión al momento, y se lanzó al espacio.

A continuación fue el inspector.

En ese momento Leib estrechaba a la muchacha y la besaba fuertemente en la boca.

—¡En tierra te besaré de nuevo, mal que te pese!...

Y la empujó. En seguida se lanzó Leib. La nave había estado trazando un círculo sobre la zona donde aguardaba el batallón que una aciaga mañana vio que en la caravana llevaban a una preciosa mascota; sucia de barro, pero maravillosa...

Ahora iban a recibirla como purificada, viniendo de lo alto, colgando de una gigantesca rosa blanca...

En el momento en que los cuatro tocaban tierra, aparecieron dos escuadrillas de caza, que se lanzaron en picado sobre varios puntos de la selva donde habían aparecido concentraciones enemigas.

Por entonces, la escuadrilla del comandante Yevich ya estaba volando sobre la base en que se encontraba instalado el Alto Mando. Dio cuenta del desembarco de los paracutistas y pidió permiso para proseguir el vuelo hacia el aeródromo de procedencia.

«Orden del Alto Mando: El comandante Yevich y su escuadrilla deben aterrizar en esta base...».

Un rato más tarde, después que hubo hablado con el coronel Watson acerca de la operación que se estaba realizando, Yevich se dispuso a ir a la cantina.

—Un momento —dijo el coronel—. El Departamento de la CIA está furioso... Hace unos momentos nos ha llegado la Prensa... De unas fechas atrasadas. Hay un periódico que se ha pasado de listo. Una noticia que el Departamento mantenía en la mayor reserva, la ha publicado a toda página con fotografías.

Cogió amigablemente de un brazo a Yevich y lo llevó a su

despacho.

—En Saigón apareció una mujer muerta... El Departamento consideró prudente mantener en silencio su personalidad. Cuando me consultaron coincidí con ellos en que se debía silenciar. Miraba por ustedes, por el comandante Rodner y por usted. No se me iba de la cabeza la campaña de Prensa que se suscitó hace tres años, cuando la chiquillada de ustedes dos, y cierta mujer de un club nocturno...

Yevich había palidecido.

—¡Eso ya está muy lejos, señor!

—Ya lo sé. Pero un periódico lo ha removido, buscando el sensacionalismo. Aquí está...

De la mesa cogió un periódico, impreso en Nueva York, y lo desplegó.

«Una mujer muerta»

Éste era el titular a toda plana. A continuación, se relataba la vida de Della Star y su inclinación por los oficiales apuestos.

El reportaje contenía muchas ironías del ejército expedicionario.

Cuando Yevich hubo leído por encima, al no ver su nombre, se echó a reír.

—¡Esto no tiene importancia!...

—Aluden al incidente de Seúl.

—¿Y qué? ¡Tantos ha habido por cuestiones así!

—Yo no lo tomo tan a la ligera. Esa mujer ha aparecido muerta cuando usted y el comandante Rodner se encontraban en Saigón.

—¡Yo llegué al día siguiente! —soltó Yevich.

El coronel no pareció conceder importancia a la exclamación de Yevich: que supiera a qué hora fue hallado el cadáver.

—Esto nos traerá algunos quebraderos de cabeza... En fin, lo importante ahora es que la operación «Rubí» cumpla sus objetivos.

Yevich se dispuso a salir.

—¿Puedo llevarme este periódico?

—Sí. Pero que no lo vean sus compañeros. No es necesario que me lo devuelva. Tengo otro...

—¡Gracias, señor!

Era verdad que tenía otro ejemplar. Los dos únicos ejemplares

que se habían impreso, siguiendo el plan de Leib...

CAPÍTULO VII

Leib veía que la noche se les echaba encima cuando la operación apenas había pasado de la primera fase.

El batallón lo había encontrado muy esparcido, porque el enemigo, como si ya supiera que era la fuerza que podría decidir la situación de aquella zona, los había hostigado de forma que se vieron precisados a dividirse en varios grupos, para efectuar acciones de limpieza.

El capitán Raskin se encontraba en el grupo que guarnecía el sitio donde Leib y sus tres compañeros aterrizaron.

—No vamos al blocao

«5-Q»

—dijo Leib.

El capitán hizo un gesto de extrañeza.

—Yo tenía entendido que íbamos a reforzar la posición del coronel Hamner.

—Eso entienden otros muchos... incluso el enemigo —contestó Leib.

El saber que había una muchacha entre los cuatro que se habían dejado caer del aparato, terminó de confundir al joven oficial.

A continuación de los cuatro paracutistas habían caído varios paquetes. En uno de ellos iba lo que menos podía figurarse el enemigo, ni los que acompañaban a Leib: parte del ropero de Shey.

La necesidad de reagrupar al batallón los tuvo todo el día en una febril actividad.

Lo esencial en aquella operación era la sorpresa. Al atardecer, el batallón de Leib daba vista a un monte que no parecía revestir gran importancia, dada su situación.

—Es ahí donde vamos a dar el primer aldabonazo —dijo Leib.

El capitán Raskin volvió a parecer desconcertado.

—Comandante: yo pensaba que durante la noche iríamos acercándonos al blocao del coronel Hamner...

—¿Por qué?

—Creo que está en apuros.

—¿Quién se lo ha dicho?

—En una refriega que tuvimos unas horas antes de que ustedes llegaran, uno de los moribundos dijo que tenían que impedir que llegáramos a la posición del coronel Hamner. Al preguntarle por qué, contestó que allí estaban a punto de rendirse... ¿Puede ser una treta, comandante?



—Sí. El coronel Hamner está escaso de municiones y víveres, pero no va a rendirse. El enemigo tiene la consigna de esparcir esa impresión para que acudamos, a ser posible esta misma noche. Pero nosotros vamos allí y señaló el monte.

Había un polvorín, un túnel practicado en la base del monte. Apenas si estaba guarnecido.

—Nos esperan en la ruta al blocao del coronel —comento Leib.

Algunos de esos grupos de guerrilleros estaban cayendo en la trampa tendida por Leib. Las fuerzas lanzadas en paracaídas apuntaban a objetivos falsos, atrayendo al enemigo.

Pero había que actuar con toda rapidez si quería evitar que el primer golpe de sorpresa se convirtiera en arma contra ellos mismos.

Tan pronto transcurrieran unas horas, el enemigo, advertido de la maniobra, se encenraría en el área donde Leib pensaba maniobrar, tan pronto terminase la acción del polvorín.

—Tú y el inspector os quedaréis en la retaguardia —le dijo a Shey—. No desobedezcas.

Había algo que Leib no pudo hacer al posar los pies en tierra: besarla de nuevo. De pronto se vieron rodeados de soldados.

Al amparo de la oscuridad habían ido acercándose al monte. En un claro de la selva se detuvieron.

—Aquí debéis quedaros. Aunque parezca que todo arde, no debéis moveros. Aquí vendremos antes de que amanezca —dijo Leib.

Se quedaron el inspector, Shey y unos cuantos soldados. Los demás se dispusieron a escalar el monte, soslayando el túnel.

Cuando los grupos se encontraron situados, dijo Leib:

—Un cohete dará la señal de ataque: luz amarilla... Para la retirada, luz roja. Circulen la consigna.

El capitán Raskin y el sargento Loew fueron los dos que se quedaron junto a Leib hasta el último momento.

—Confío en ustedes. Hasta el amanecer se esperará en el desfiladero que hemos cruzado antes, a los rezagados. A partir de entonces se deberá emprender la marcha hacia el punto convenido, sin reparar en lo que queda atrás. Aunque sea yo el que falte... ¿Entendido?

La oscuridad ya había borrado casi totalmente las figuras.

—¿Por qué no deja que lo acompañemos, señor? —preguntó el sargento.

—Porque les reservo a ustedes algo más importante que lo que yo voy a hacer. No pierdan el control de la gente. Si se ven desasistidos, la selva se apoderará de los muchachos.

Se alejó, pendiente arriba. Leib llegó adonde había un grupo de subordinados.

—Coged las cargas.

Instantes después empezaban a descender. Por el camino se las iban uniendo otros pequeños grupos. Leib fue circulando órdenes. Algunos grupos desplegaron, apostándose tras algunas rocas que se asomaban sobre un profundo cortado.

Un cohete surcó el espacio y un manchón de luz amarilla se plasmó en lo alto. Al momento prorrumpió el tiroteo.

Se producía en la vertiente contraria a la que ocupaba Leib. Era en la vertiente opuesta donde estaba la entrada del túnel...

Pero mientras los escasos defensores se enzarzaban en un tiroteo, Leib, seguido de un grupo de hombres portadores de potentes cargas, procedían a escalar el monte.

Aunque algún disparo los sorprendiese no pensabas contestar. Envueltos en las sombras llegaron a la cima y emprendieron el descenso por la vertiente opuesta.

Allí la marcha ya resultaba más peligrosa. Precisamente ese riesgo venía de las propias armas. Algunas balas de sus mismos compañeros llegaban hasta ellos.

Escudándose en las rocas fueron descendiendo, entrando cada vez más en el área de fuego. Veían perfectamente los foganazos de los guerrilleros surgir aquí y allá, como flamígeros pañuelos agitados en señal de burla.

Leib hizo la señal para que los que le seguían se detuvieran. Cuatro hombres pasaron su carga a los compañeros y acudieron al lado del comandante.

Durante unos momentos los cinco se quedaron mirando cada uno a un punto distinto. Luego se separaron, deslizándose en diferentes direcciones.

En lo alto estalló un cohete de luz roja y los disparos que venían de frente, cesaron.

Los hombres portadores de las devastadoras cargas echaron a

correr hacia abajo, como enloquecidos, convertidos en proyectiles.

Mientras tanto, Leib y los cuatro compañeros atacaban los parapetos con descargas de metralleta y bombas de mano.

La vertiente se cubrió de potentes llamaradas. Poco después, todavía crepitaba una ametralladora rebelde que, sin atender a los que le atacaban por la espalda, se aferraba a batir la entrada del túnel.

Leib dejó atrás a los cuatro subordinados. Descendía deprisa, pero procurando que el rodar de ninguna piedra le denunciara.

Llegó a muy pocos pasos de la ametralladora. Ésta seguía tejiendo una cortina de balas que cubría la entrada del polvorín.

La llamarada de una formidable explosión producida a lo lejos reveló la figura del que manejaba la ametralladora y la de Leib. Por unos segundos ambos parecieron cegados, de pie los dos, cogidos por la misma sorpresa.

Otro estallido vino enseguida. Y otro. La selva empezó a irrumpir de las tinieblas bajo los brochazos de fuego.

Leib ya sabía lo que ocurría. Las fuerzas lanzadas por las aeronaves estaban entregadas a una feroz lucha con el adversario. La idea, de que el enemigo estuviese al tanto de todos sus movimientos volvió a angustiarse.

Lo que menos le preocupaba era la responsabilidad que podría caberle, por ser el que había propugnado actuar de noche, sino por las vidas sacrificadas inútilmente.

Disparó contra el que manejaba la ametralladora con verdadera saña. Vio cómo el cuerpo del enemigo daba un salto y rodaba por la vertiente.

Y fue tras él, gritando:

—¡De prisa! ¡Colocad las cargas!...

No estaba seguro de que le hubieran oído. Temía que la sorpresa de saber en la lejanía una fuerte batalla con el enemigo, les hubiese inducido a la retirada.

Descendió a saltos lo poco que le faltaba para llegar al túnel. En la boca de entrada se detuvo, respirando con fuerza.

Pasos precipitados venían del interior. Se hizo a un lado, manteniendo en su derecha, bien firme, la pistola.

De allá dentro surgió una voz:

—¡Ya está, comandante!

Salieron tres hombres. Ante Leib se detuvieron.

—¿A qué tiempo están puestas las cargas?

Creyendo al enemigo cerca, habían abreviado la pausa para la percusión de los fulminantes. Apenas disponían de un minuto para alejarse.

Se lanzaron a todo correr por la estribación del monte. De la espesura les llegaban algunos disparos.

De pronto, el fragor del lejano combate; las llamaradas de los cohetes, todo, incluso la noche, quedó anulado por una colosal tromba de fuego.

Horribísimos estallidos comenzaron a producirse, acompañados de un estremecimiento del suelo y una sensación de que todo un monte quedaba desgarrado...

* * *

Durante toda la noche habían estado captando señales de lucha. Pero los del blocao

«5-Q»

estaban habituados a oír el crepitar de la hoguera.

A las primeras horas de la mañana, los que hacían la guardia en el blocao percibieron el ruido de un avión. Y apenas si levantaron la vista para mirar.

El soldado de infantería, acostumbrado a encallar en el barro, descargaba su mal humor en las otras armas. Para aquel grupo de hombres perdido en la jungla, la aviación significaba una burla.

Para los del blocao

«5-Q»,

las evoluciones de los aparatos eran como una bandada de cuervos que estuviese a la mira de que se convirtieran en carroña.

Pero aquella mañana sucedió algo inesperado. El solitario avión fue amorrándose más y más, y cuando pasó por encima del blocao, dejó caer algunos paquetes.

Cuantos presenciaron el hecho quedaron como petrificados. Unos a otros se miraban, sin explicarse lo que ocurría.

Un soldado rompió el mutismo a que parecían condenados:

—¡Todos los paquetes!... ¡Todos han caído dentro de la posición!

Los ojos permanecían ahora clavados en los paquetes. Ningún soldado se decidía a tocarlos, temiendo que fuese una alucinación.

Un hombre delgado, de mirada ausente, surgió de una chabola.

Algunos soldados se cuadraron:

—¡Señor! ¡Mire!...

El coronel Hamner se quedó mirando los paquetes. De uno de ellos colgaba un tubo.

Dentro iba un mensaje. Esto fue lo único que interesó al jefe de la posición.

—¡Cójanlo!

En el mensaje se le anunciaba que unas horas más tarde recibirían nuevos suministros.

Terminaba deseando «muchacha suerte a los bravos hombres del coronel Hamner».

—¡Suerte a mis bravos hombres! —murmuró el coronel, y quedó pensativo.

En aquellos momentos se procedía a abrir los paquetes. Contenían víveres, municiones y medicamentos.

También algunos periódicos y una pequeña emisora, en la que iba una nota. «Desde hace unos días, no se captan bien sus mensajes. Comuniquen por medio de esta emisora cuando volemós sobre su posición».

Alguien que hubiera observado al coronel Hamner en el momento en que se metió en la chabola, con el puñado de periódicos, hubiera notado que el que salió un rato más tarde parecía un hombre distinto.

Pero en el bloqueo nadie tenía tiempo para reparar en estos cambios. En realidad, todos parecían distintos aquella mañana. Incluso los heridos graves daban el efecto de encontrarse con fuerzas para saltar de los camastros.

El coronel Hamner, por primera vez desde hacía algún tiempo, fue recorriendo de uno en uno los parapetos, tocando en los hombros a sus soldados.

—¡Muchachos! ¡Ojo avizor! ¡Ha llegado nuestra hora!

Y todos se quedaban mirando a la, lejana espesura, desde donde casi todos los días les estaba llegando la muerte.

Dos horas más tarde, una escuadrilla de aparatos evolucionó sobre la posición. Tuvieron una buena oportunidad para dejar caer

su carga dentro del blocao, pero no la aprovecharon, porque el jefe de la escuadrilla no dio orden de soltar los paquetes. Esta orden fue dada cuando la carga no tenía más remedio que caer en la selva.

De nuevo los soldados del blocao se quedaron mirando los aparatos con la sequedad y aversión de otras jornadas. Aquello de echar los paquetes fuera de su alcance había ocurrido demasiadas veces.

En el blocao, el radio operador yacía en un camastro, gravemente herido. Era el mismo coronel quien se encargaba de enviar los mensajes.

Solía encerrarse en su chabola y durante varios minutos se dedicaba a transmitir. Pero nadie del blocao sabía qué mensajes daba.

Pero aquella mañana todo parecía distinto. Incluso el coronel se olvidó de cerrar la puerta.

—¡Todo perfecto, comandante Yevich!

Esto lo oyeron muchos soldados. Y de nuevo se miraron como si acabaran de recibir la peor burla.

«—¡Jefe de escuadrilla a la escucha! ¡No he recibido bien...!».

—¡Todo perfecto, comandante Yevich! —repitió el coronel.

Y cerró la emisora. La estupefacción de cuantos le rodeaban creó un silencio henchido de dramatismo, recargado por el fragor de los motores que se alejaban.

Ese silencio fue roto por el mismo coronel:

—Por si alguien de vosotros escapa con vida...

Se interrumpid mirando a la lejanía.

—Ya oísteis anoche el combate —continuó—. Era lejos, pero demasiado importante para no pensar que la oleada va en serio y pasará por aquí. Haremos todo lo posible para contener a las partidas de guerrilleros que han estado hostigándonos estas últimas jornadas. Embestirán para que desalojemos esta posición antes de que nos lleguen refuerzos.

Volvió a hacer una pausa. Los soldados iban acudiendo, todos con la misma expresión de estupor.

—Sé lo que os ocurre: No os explicáis el mensaje que he dado al jefe de la escuadrilla... Pero no había más remedio que simular que todo iba bien.

—¿Por qué, señor? —se atrevió a preguntar un subordinado.

—Porque el jefe de esa escuadrilla es un perro traidor. Importa que se vaya pensando que todo está en «orden» —señaló la espesura—. Ahí en la jungla están los paquetes... Pero eso está infestado de enemigos. Los paquetes son para ellos. Yo no he tenido más remedio que dar el mensaje que habéis oído. Es de suponer que el avión que nos ha socorrido esta mañana, vuelva para informarse. Entonces, quien sobreviva, que diga la verdad...

Y como viera en todos los rostros la misma pregunta añadió:

—Voy a salir con unos cuantos voluntarios. Pienso dar una batida...

De nuevo se interrumpió, mirando a sus subordinados.

—¡Quien sobreviva... que transmita... que el comandante Yevich es un traidor...!

Un rato después el coronel y un puñado de hombres saltaban los parapetos. Fue entonces cuando a lo lejos se advirtió el vibrar de un solo aparato, como en las primeras horas de la mañana.

El coronel y sus hombres se detuvieron en mitad de la ladera.

El aparato se había puesto a evolucionar muy bajo. Un soldado en lo alto de un parapeto, empezó a gritar:

—¡Señor...! ¡Le llaman...!

El coronel retrocedió. Ya en la chabola, manipuló la emisora.

—Coronel Hamner: No intenten recoger ningún paquete...

—¿Por qué no? —preguntó el jefe del blocao, en tono sardónico—. ¿Quién tripula ese aparato? ¿Es el comandante Yevich?

«—No...».

—¡Otro traidor...! ¡He soportado demasiado...! ¡Voy a recoger los paquetes...!

Salió disparado. En la emisora siguió durante unos minutos oyéndose la voz del tripulante:

«—¡Coronel Hamner!... ¡Es una orden!... ¡Absténgase de salir!... ¡Los paquetes son un anzuelo al enemigo!... ¡Contienen fusiles viejos, que ni siquiera disponen de cerrojo!...».

Pero el aparato tuvo que elevarse, porque desde varios puntos de la jungla empezaron a dispararle con ametralladora antiaérea.

* * *

Cuando Leib y su batallón consiguieron establecer contacto con

los paracutistas lanzados el día anterior, se dirigieron a marchas forzadas hacia el blocao del coronel Hamner.

El enemigo se había encontrado durante la noche con que no sabía a dónde acudir. Cuando creía que los paracutistas iban a dirigirse a la posición del coronel, y entablaron batalla para cortarles el paso, fue cuando se produjo la voladura del polvorín.

Les estaban contestando con la misma táctica. Y el romper el día, las fuerzas rebeldes iban esparcidas, sin saber a dónde acudir.

La escuadrilla de aparatos mandada por él comandante Yevich; la lluvia de paquetes que empezó a caer sobre la jungla, fueron el envite definitivo para los desconcertados guerrilleros.

Desde multitud de puntos apreciaron el balanceo del valioso botín, y todos se lanzaron hacia el área donde, como en tantas otras ocasiones, habían encontrado armas, municiones, víveres...

Actuaban tal como Leib esperaba. Sin saber si el enemigo se lanzaba tras los paquetes, Leib hizo que todo el personal confiado a su mando desplegase formando un ancho semicírculo.

Poco a poco este semicírculo fue alargándose por los extremos, formando herradura. Así iban apresando el área donde suponían los paquetes.

Las armas permanecieron mudas y los hombres que las empuñaban, invisibles.

Los guerrilleros iban rastreando y cuando encontraban un paquete, emitían gritos de pájaro. De varios sitios surgían compañeros, que se inclinaban sobre el pesado fardo, procediendo a desatarlo.

Tuvieron que emplear cuchillos para rasgar la envoltura. En cada sitio donde se agrupaban varios guerrilleros para destripar un fardo, se producía el mismo silencio, lleno de ansiedad. En seguida, idéntico estupor. A continuación, exclamaciones de cólera, en extraña jerga.

Esto ocurría en lugares muy esparcidos. Era como el crepitar de la jungla, pronta a quedar envuelta en llamas.

El coronel Hamner y sus voluntarios fueron los que iniciaron el fuego. Los guerrilleros se disponían entonces a asaltar el blocao, al darse cuenta del engaño.

Leib, desde su escondite, iba siguiendo el ruido de los disparos, dispuesto a retrasar la intervención de su gente hasta el momento

en que toda la fuerza rebelde se encontrase dentro de la herradura.

Muy cerca de donde Leib se encontraba estaban el inspector Denner y Shey. Tanto ella como el inspector vestían como cualquier subordinado.

Leib miró a la muchacha. Estaba un poco afectada, porque sabía que se acercaba el momento decisivo. Pero no perdía la sonrisa.

Leib empezó a incorporarse. Muy cerca se encontraba el sargento Loew, esperando la orden de Leib para lanzar el cohete que daría la señal de ataque de los paracaidistas.

Leib levantó una mano y el cohete pareció estrellarse contra la comba azul del cielo. Fue como si el estallido despertara todas las furias de la selva.

Por el ruido de las armas podía seguirse el trazo que habían plasmado los paracaidistas sobre la maleza. La herradura fue cerrándose.

Los del blocao, al saberse con refuerzos, se limitaron a disparar solamente sobre los adversarios cercanos, para no batir a los propios compañeros.

El círculo cada vez era más reducido. Los guerrilleros retrocedían hacia el blocao. Pero rechazados por los subordinados del coronel Hamner, embestían de nuevo hacia la jungla, para enseguida volver a retroceder.

Había una vasta extensión despejada, alrededor del blocao, Y esta área iba quedando sembrada de cadáveres.

Dos cabecillas de guerrilleros cayeron acibillados, por su empeño en llegar al árbol donde veían al coronel Hamner, mortalmente herido.

También Leib se había dado cuenta de que el coronel se encontraba allí, y se agazapó tras un árbol. Varias veces puso en acción su pistola ametralladora.

Uno de los jefes guerrilleros, cuando estaba llegando junto al coronel, hizo un gesto de estupor. No miraba al coronel, ni siquiera a Leib, quien acababa de surgir de detrás de un árbol, sino más atrás.

Leib iba a volverse, pero en ese momento el guerrillero levantó el arma. Antes disparó Leib.

Cayendo el cabecilla, Leib se volvió y vio a Shey de pie, con el cabello suelto, la mirada resplandeciente.

—¡Lo he desconcertado...! ¡El trató a Della Star! —exclamó la muchacha.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Leib, furioso por la imprudencia de Shey.

Apareció el inspector Denner, azorado.

—La culpa ha sido mía. Cometí el error de decirle que ese individuo era el cabecilla tal Pu, y ella ha querido hacer la prueba...

Los guerrilleros supervivientes ya habían soltado las armas y eran agrupados por los paracutistas.

Cuando Leib iba a replicar, el inspector le hizo un resto. Shey, maquinalmente, había echado a andar hasta quedar situada frente al coronel Hamner. Éste la miraba...

—¡Ven aquí! —gritó Leib, lanzándose sobre ella.

En aquel momento el coronel movía una mano, tratando de levantar la pistola. Antes de conseguir ponerla en dirección a Shey, se desmayó.

Leib ya la estaba protegiendo con su cuerpo. La tenía fuertemente cogida de los hombros.

—¡No quiero que te arriesgues...! ¡Va a venir un helicóptero para que te lleve!... ¡Este problema es nuestro —y no tuyo...!

Recriminándola, la besaba y la estrechaba contra su pecho, como si quisiera estrujarla. La muchacha permanecía quieta y cuando Leib dejó de hablar, ella sonrió.

—Obedeceré..., «comandante»...

En el blocao se estaban desarrollando escenas emocionantes. Los soldados se abrazaban, llorando y riendo.

Los heridos empezaron a ser atendidos. En una chabola aislada fue colocado el coronel. Mientras lo curaban, Leib puso en acción la emisora, pidiendo helicópteros para que evacuaran a los heridos.

El inspector Denner estuvo revolviendo papeles.

—Mire esto, Leib...

Era una confesión del coronel. Una confesión que luego confirmó de palabra.

—... El comandante Yevich... y «esa mujer»...

Miró a la puerta de la chabola como si temiera que Bella Star fuera a aparecer. Con palabras entrecortadas refirió que Yevich había estado haciéndolo víctima de un chantaje. Era un asunto ligado con el aviador que fue degradado, acusado de traficar con

drogas.

—... Yo nada tenía que ver, pero Yevich aseguró que Della Star guardaba fotografías en que yo aparecía con ella y un traficante de drogas...

—¿Eran posibles esas fotos?

—Yevich me llevaba a muchos sitios... cuando coincidíamos en un permiso...

En cualquier parte acechaba Della Star o sus enlaces, con cámaras miniatura «minox».

—Pero ¿cómo consentía usted que los paquetes fueran lanzados lejos del blocao? —siguió preguntando el inspector.

—Él me dijo que mis soldados, serían exterminados. Que Della Star precisaba hacer unas entregas de armas...

—¡Era lo que yo me temía! —exclamó Leib.

El coronel Hamner se encontró en la disyuntiva de dar cuenta del «erróneo» lanzamiento de paquetes, y esperar las represalias del enemigo, o contemporizar durante unos días hasta que el enemigo se diese por satisfecho con aquella entrega de armas y víveres y se marchara, para no matar la gallina de los huevos de oro.

—Si se hubieran ido, ¿qué hubiera hecho usted? —preguntó el inspector.

—Lo que he hecho ahora: confesar la verdad...

Estaba el documento escrito. Estaba también la heroica reacción del coronel, al lanzarse por los paquetes.

—¿Qué le ha inducido a lo de hoy? —inquirió Denner.

—Ver... que el comandante Yevich... seguía lanzando los paquetes fuera de la posición... a pesar de que Della Star había muerto... Pensé que me engañaba...

—¿Ya no lo cree?

—Della Star... vive...

—¿Lamenta, por ello, haberse precipitado?

—¡No...! ¡Prefería la muerte... a esto...! ¡Era la vida de mis bravos muchachos lo que me retenía...!

En el suelo encontraron, estrujado, el periódico donde aparecían varias fotografías de Della Star. El inspector lo recogió.

Ya fuera de la chabola, le dijo a Leib:

—Le felicito.

—¿Por qué?

—Por su intuición. Usted supuso que este valeroso soldado, si transigía con las maniobras de Yevich, no era por su propia vida sino por la de sus hombres. La treta del periódico ha surtido un doble efecto: convencer al coronel de que Yevich le mentía al decirle que Della Star lo obligaba, y demostrar que Yevich tenía motivos para ocultarle la noticia de que esa mujer había muerto. De los dos ejemplares impresos, el que se guardó Yevich no es precisamente el que ha caído aquí...

—No, desde luego —contestó Leib, abstraído.

—¿Qué cree que hubieran hecho los guerrilleros con los que guarnecían esta posición, tan pronto se hubieran convencido de que los suministros iban a cesar?

—¿Cómo han reaccionado los guerrilleros, apenas han destapado los paquetes? ¡Aquí no hubiera quedado uno para contarlos...!

Se oía el rumor de motores. Eran los helicópteros.

Los paracutistas iban dando batidas por la jungla, asegurándose de que no quedaban enemigos al acecho.

—Encárguese usted de Shey —dijo Leib.

Por la gravedad con que lo dijo, el inspector comprendió.

—¡Por todos los diablos! ¿Es que Yevich viene?

—Es necesario. Conozco a Yevich. Negar todo. No habrá ningún documento que lo comprometa...

—¡Pero están los soldados para testificar que la carga caía fuera de la posición!

—¿Y qué? Un error, un fallo no tan grave como para llevarlo al paredón. ¡Y sólo degradar a un reptil como Yevich, es una burla...!

Los helicópteros fueron tomando tierra, alrededor de la posición. Él coronel Watson descendió del aparato que tripulaba Yevich.

Leib fue a su encuentro. Después de los saludos de rigor, Leib dijo que la operación se había desarrollado perfectamente.

Yevich se esforzaba en vano por parecer satisfecho. No hacía más que mirar a su alrededor.

Al llegar al centro del blocao, Leib preguntó:

—¿Cuando usted ordenó lanzar los paquetes esta mañana, era en el punto que convenía, comandante Yevich?

—¡Naturalmente...!

—¿Todo correcto, entonces?

—¿Y por qué no?

—Hay quien opina lo contrario —contestó Leib, indicando con el gesto una chabola.

—¿Quién? ¿El coronel Hamner? ¡No se atreverá a decirlo en mi cara...!

Echó a andar, deprisa, hacia la chabola donde suponía que se encontraba el coronel.

La puerta se abrió.

Y apareció una mujer. Con un vestido holgado. Uno de los que Della Star llevaba.

Shey se había echado el caballo sobre un lado de la cara. El sol daba sobre los ojos de Yevich y no podía precisar.

Shey se recostó contra el marco de la puerta, succionó el cigarrillo que tenía en los labios, expulsando el humo hacia Yevich, mientras torcía la boca, buscando una sonrisa sardónica.

Yevich permanecía como de piedra. De pronto soltó un aullido.

—¡Maldita...! ¡Ahora no bastará una cicatriz...!

Echó a correr, llevando algo brillante en la mano izquierda. Era un puñal.

—¡Te estoy apuntando, Yevich! —gritó Leib.

Un brazo del inspector había agarrado a Shey de un hombro, metiéndola dentro de la chabola.

Al oír a Leib, Yevich se detuvo. Y de pronto giró, con la pistola en la derecha.

No era cierto que Leib le estuviera apuntando. Lo conminó confiando en que Yevich renunciaría a toda resistencia.

Pero al verlo con el arma de fuego en la mano derecha, dispuesto a dispararle sin importarle los testigos, Leib le contestó en los mismos términos. Y elevando un poco la pistola ametralladora, soltó una ráfaga.

Un latigazo de balas le flageló el rostro...

El coronel Watson no se había movido del sitio, verdaderamente desconcertado.

Cuando Yevich se desplomó, echó a andar hacia donde estaba Leib. Pasó por su lado sin decir nada, rebasó el cadáver de Yevich, sin mirarlo, y ante la puerta de la chabola, que ahora permanecía cerrada, se detuvo.

—¡Quiero verla...!

La puerta se abrió. Todo el maquillaje de momentos antes, incluso el vestido de mujer, había desaparecido. Lo que ahora tenía delante era un gracioso chiquillo, metido a soldado.

—¡Demonio...! ¡Llegué a creer...!

El inspector señaló con la mirada el vestido que había quedado en el suelo.

—Él uniforme la ha ayudado a que su figura pareciera otra —dijo Denner.

Shey procedía a cubrirse las piernas todavía desnudas e indefensas contra las espinas de la selva.

—El coronel Hamner quiere verle —dijo Leib, acercándose al superior.

—¡Que espere! —contestó Watson—. Tendremos tiempo de sobra para hablar.

Lo tuvieron. Primero, durante el vuelo de regreso a una base donde aguardaban aviones de transporte, que trasladaron a todos los heridos a un hospital.

Más tarde, durante la convalecencia. Hamner confesó todo. Los que tenían que juzgarlo tuvieron la convicción de que fue por amor a sus subordinados por lo que transigió en silenciar que se perdían algunos paquetes...

Al dejar el blocao

«5-Q»,

sus soldados lo despidieron con lágrimas en los ojos.

Uno de los que tripulaban un helicóptero era Zucker. Vio caer a Yevich y se acercó a Leib para decirle:

—Cuando fui a sacarte de tu batallón, yo ya sabía que le estabas tendiendo la red a este bicho. ¡Te felicito por la forma con que lo has hecho...!

El coronel Watson estaba hablando con Shey y el inspector.

—Quizá él no esté de acuerdo —contestó Leib, indicando al superior—. Pero ya no tiene remedio.

—Todos esos bravos merecían la satisfacción de verlo caer acribillado —comentó Zucker.

Los del blocao, al saber que se trataba de Yevich, sabían hincado las uñas en las armas, luchando con los impulsos que les dictaban disparar contra el que los había sometido a tan larga tortura.

El coronel parecía haber llegado a un acuerdo con la muchacha

y el inspector. Y llamó a Leib.

—Esta muchacha peligra aquí... ¿No está de acuerdo?

—Sí, señor. Pero también peligrará en Saigón.

—El inspector y yo estamos de acuerdo en eso también. Lo prudente sería que volviera a los Estados Unidos.

Leib miró a Shey.

—Tú debías estar de acuerdo.

—Yo me limito a obedecer —contestó Shey, sonriendo.

El coronel se fue a la chabola donde estaba Hamner. Cuando salió, dio órdenes para que se procediera a la evacuación de los heridos.

—¿Quiere quedar al mando de la posición, hasta mañana, en que vendrán a relevarle? —preguntó, mirando afectuosamente a Leib.

—Yo obedezco, señor.

—¡Y un cuerno...! ¿Sabe lo que me ha dicho el inspector Denner? Que usted no tiene precio en su Departamento. ¿Por qué no pide el traslado?

—Porque dentro de un mes expira mi compromiso en el Ejército. Cuando eso ocurra me tomaré una temporada de descanso y ya veré lo que hago entonces.

—Bien. De una forma o de otra, usted volverá a nosotros. Así que, hasta mañana, queda usted al frente de este blocao.

—¡A la orden, señor!

El inspector Denner se acercó a Leib, en el momento en que iban a salir los helicópteros.

—Yo me marcho ahora porque tengo mucho que hacer... En cuanto a Shey, ha decidido esperar a que se lleven el último herido. Los helicópteros harán otro viaje hoy...

Efectivamente, volvieron para recoger los heridos que quedaban. Pero Shey no encontró sitio. En vano los mismos heridos se lo ofrecieron.

Leib no intervino en esto. Dejaba a la muchacha que se desenvolviera libremente.

—¿Por qué no dice nada? —le interpeló ella, ya anocheciendo.

—Te hemos zarandeado de un lado a otro. Es cierto que no has hecho otra cosa que obedecer...

—¡Pero yo no puedo consentir que se quede un herido, por

mí...!

—Eso es cuenta tuya. Nadie te lo ordena.

—De todas formas, aquí estoy tan segura como en Saigón.

—Más segura —dijo Leib.

La cogió de los brazos y, mirándola a los ojos, repuso:

—Más segura, Shey. Nunca te habrá mirado un hombre con más respeto...

La muchacha durmió en una chabola contigua a la de Leib. Al día siguiente llegaron los helicópteros, con el teniente coronel que tenía que hacerse cargo de la posición. Era un viejo camarada de Leib, y se abrazaron. —¡Menudo hueso me dejas!— comentó el nuevo jefe. —Dispones de muy buena gente. No pases cuidado. Cuando un rato más tarde subió Shey al helicóptero en que iban Leib y el sargento Loew, el teniente coronel exclamó:

—¡Y te llevas la mascota...!

—Obedezco órdenes —contestó Leib, riendo.

El capitán Raskin se quedaba. Le estaba tomando gusto a la jungla y se mostraba muy contento.

El batallón de Leib sería muy pronto relevado, para radicarse a servicios de retaguardia.

* * *

En Saigón los aguardaba el inspector Denner.

—Hemos detenido a su agente «artístico» Stobel —dijo, apenas ver a la muchacha. Y dirigiéndose a Leib:

—Conocía usted a esa mujer.

—¿A Della Star?

—Era una mente satánica. La cicatriz se la hizo Yevich, porque ella lo amenazó con destruir la organización. Fingió tomarle miedo y aguardó el momento de la venganza. Pero Yevich no se fiaba y le puso espías. En Saigón tenía que, ser el golpe...

—¿Cuando ese Danys me llevó a recorrer los Clubs? —preguntó Shey.

—Sí. A usted la hubieran...

No se atrevió a decir que se proponían apuñalarla, dejándola tal como apareció Della Star. A su lado hubiera aparecido Yevich, también muerto.

—Habría parecido una represalia de compinches. Las listas de los enlaces habrían dado a esas muertes motivo para que la Prensa volviera a la carga...

—¿Se sabe quién mató al birmano que eché al Mekong? —preguntó Leib.

—Según Strobel, Della Star sabía que Ju Hkio, aunque se mostró conforme en su plan, quería vender su información al mejor postor. Supo que entraba en la habitación de Shey y a la salida lo mataron. Su intervención, Leib, impidió que se hiciera con el lápiz de labios. Con la prisa, el birmano descuidó llevarse el frasco de perfume donde había otra lista...

—¿Han surtido efecto?

El inspector sonrió.

—Han prestado ustedes un gran servicio —miraba a los dos—. Se están cazando a las ratas en el mayor silencio. Por ello el Mando ha considerado justo relevarle del mes que le queda de servicio... ¿No quería usted un descanso, antes de decidir sobre el futuro?

—Lo quería y lo quiero.

—Bien. Se le ha concedido ese descanso... Pero con la condición de que proteja a esta señorita, hasta que llegue a los Estados Unidos. ¿Qué opina?

—Que obedeceré —pasó una mano por los hombros de Shey, y ella se estuvo quieta.

—¿Usted también obedecerá? —preguntó el inspector.

Ella, con los ojos llenos de dicha, movió la cabeza, asintiendo.

A la hora de la salida, Leib dijo:

—En avión llegaremos demasiado pronto. En Bangkok nos espera un barco de turistas que hará escala en muchos lugares dignos de ver. ¿Qué opinas?

Ella se limitó a mover la cabeza.

Se encontraban en el hotel, en la habitación de la muchacha, a punto de salir hacia el aeródromo donde aguardaba el aparato que los llevaría a Bangkok.

—¡No es una orden, Shey! ¡Tú y yo somos ahora completamente libres...!

—¿Completamente? —preguntó Shey, con ironía.

—¿Por qué no?

—Yo quería volver a Italia...

—Puedes hacerlo.

Shey movió la cabeza, ahora negando.

—Ya no puedo.

—¿Quién lo impide?

—Tú.

Era la primera vea que lo tuteaba, levantando el rostro, esperando sus labios.

Después de estamparle un beso en la boca, Leib exclamó:

—¡Italia es buen sitio para nuestro viaje de bodas...!

—Da lo mismo, Leib, con tal de que estemos juntos...

Subieron a bordo del barco que esperaba en Bangkok, porque era el que más convenía para hacer tiempo a que la Prensa callara la noticia que estaba a punto de darse a conocer.

Era lo que se había convenido con el periódico de Nueva York que aceptó imprimir dos únicos ejemplares. Él tendría la primacía en dar una amplia información sobre Della Star y sus actividades.

Cuando Leib y Shey llevaban un día de navegación, apareció a toda página en uno de los más importantes periódicos de los Estados Unidos:

UNA MUJER MUERTA

Se hablaba del puñal con las incrustaciones que dibujaban a un dragón. Esa empuñadura era idéntica a la del cuchillo que en el blocao soltó Yevich.

Los puñales que Della Star mandó hacer con esa empuñadura, eran una copia del que tenía Yevich. Fue con él con lo que le hizo la cicatriz.

FIN



A. Rolcest. En el mundo civil se llamaba Arsenio Olcina Esteve. Como muchos, participó en las contiendas de la guerra civil española y le tocó estar en el bando perdedor. Como todos los escritores de esta segunda España, fue represaliado. Dado que los ámbitos superiores de la literatura le estaban vedados, debió dedicarse a escribir folletines y novelitas del Oeste. Para ello con las primeras dos letras de su nombre y apellidos formó su seudónimo literario *post* guerra civil. Se llamó A. Rolcest.

Nació en Alcoy, provincia de Alicante el 15 de octubre de 1909.

A principios de los años veinte volaban muchas ideas revolucionarias en el aire español y particularmente en el hogar de los Olcina. De éstas se nutrió la vida del joven Arsenio y forjó su visión del mundo y de los hombres. Soñaba con el hombre libre, dueño de su voluntad y su destino. Son sus primeros puntos de contacto con el movimiento anarquista.

Tenía intenciones literarias, heredadas de su padre y se volcó hacia la poesía; pero la dura realidad le dijo que ése no era el camino, que para ganarse la vida debía utilizar su pluma en algo más productivo. Entonces, la puso a oficiar de corresponsal de prensa para diversos periódicos de Alicante y Menorca [El Luchador, Diario

de Alicante, El Bien Público].

Fue en éstos donde publicó sus primeros cuentos.

Esta incipiente actividad en el mundo de las letras le acarrearón numerosos problemas con las autoridades, dirigiéndose a Valencia donde vivió algunos años. Allí fue donde en 1932 nació su hija Amalia. Otra integrante de su familia, Amalia Lucila Mataix Olcina (su sobrina) en los años cincuenta y setenta escribió novelas románticas como Lucila Mataix y/o Celia Bravo, fue también autora de literatura de quiosco, dentro del género romántico, y desarrolló una importante labor pedagógica para el mundo infantil.

A. Rolcest fue uno de los escritores más prolíficos dentro del ámbito de la literatura popular, pero a pesar de su volumen y calidad nunca ha descollado con la importancia que merece y con el transcurrir del tiempo se transformó en uno de los autores más injustamente olvidado. Tal vez porque no fue descubierto su trasfondo ideológico, ni entendida la simbología utilizada. No debemos olvidar que recién en la década del 60 se comienza a hablar de semiótica por personas de elevado nivel cultural y las obras de la literatura de quiosco no se consideraban dignas de ser analizadas por esta disciplina. Tampoco el público de masas que leía estas obras estaba muy preparado para analizarlas. Preferían los muchos tiros de Estefanía.